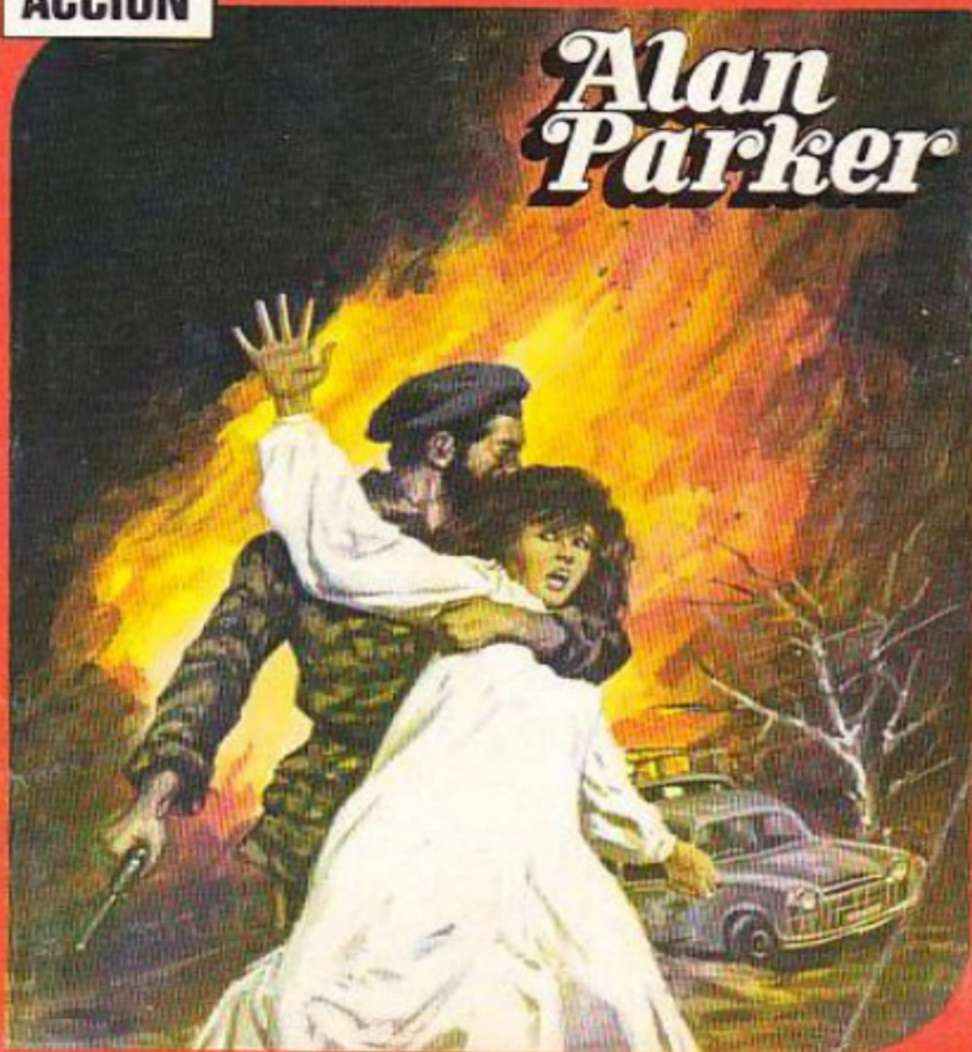
BRUGUERA

BOLSILIBROS

ACCION

LA GUERRILLA



LA GUERRILLA

Alan Parker



Colección
TAM-TAM n.° 48
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Camps y Fabrés, 5 —Barcelona

tam
tam
tam
tam
tam
tam



ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

43 —*La paz peligra en Turquía*. George Sound.
44 —*Contrabando de armas*. Bab Fleming.
45 —*El señor de la estepa*. Alex Simmons.
46 —*La sombra de la diosa Kali*. Curtis Garland.
47 —*La calle de las esmeraldas*. George Sound.

ISBN 84-02-09278-0
Depósito legal: B. 9.472-1983
Impreso en España —Printed in Spain

1a edición: mayo, 1983
1a edición en América: noviembre, 1983

Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallés (N-152. Km 21.650)
Barcelona 1983

CAPÍTULO PRIMERO

REINALDO Cortés era el terrateniente más poderoso de San Miguel, un país de Centroamérica que casi no figura en el mapa y donde sus habitantes son explotados por los más ricos.

Cortés poseía las plantaciones más importantes de café y de azúcar del pequeño país. Era un hombre inmensamente rico en contraste con la terrible pobreza de sus trabajadores a los que explotaba sin compasión.

La Bestia, como se le conocía a Cortés entre su gente, era un hombre alto y flaco y de buena figura, con algunos cabellos blancos y ancho de hombros. Llevaba un sombrero de caña que caía sobre unos ojos astutos y fríos. Solía pasear a caballo por sus plantaciones llevando un látigo en una mano y un largo puro cubano en la otra y en su cintura un revólver.

Y eso es lo que hizo aquella mañana…

Bajo un sol abrasador, La Bestia se paseó a caballo por sus plantaciones. Detrás de él iba su capataz, Jack Wilson, un norteamericano con un historial tan negro como su alma.

Wilson era de mediana estatura, fornido. Tenía un parche en el ojo derecho y una cicatriz, ambas cosas recuerdo de su época de pistolero al servicio de la Mafia norteamericana. Era un hábil tirador y tan duro como La Bestia. Por eso se entendían tan bien.

Reinaldo Cortés y Wilson iban en sus respectivos caballos sin perderse detalle de todo cuanto ocurría a su alrededor y los nervios en tensión porque les habían llegado noticias alarmantes de una posible sublevación.

Los trabajadores, agachados haciendo su trabajo, sudando y maldiciendo, miraban de reojo a los dos hombres cuando pasaban cerca de ellos. Pero nadie se atrevía a decir nada, nadie hablaba y por no atreverse, ni siquiera se atrevían a respirar.

De repente, La Bestia detuvo su montura entre un grupo de agotados recogedores de café. Se les quedó mirando a uno y súbitamente hizo restallar su látigo. Los trabajadores se asustaron pero continuaron haciendo su labor más aprisa si cabe.

—¡Escuchadme, hijos de perra! —les gritó.

Entonces, los pobres trabajadores levantaron sus doloridas espaldas y se volvieron al amo. A todos ellos les caía el sudor por el rostro y por las ropas como un río desbocado.

—¡Hasta mí han llegado noticias muy inquietantes! —volvió a gritar La Bestia—. ¡He oído decir que se está fraguando una sublevación! ¿Qué tenéis que decir a eso?

Nadie habló.

Pero tanto Cortés como Wilson ya contaban con el silencio. Cuando les convenía, aquellas bestias se convertían en sordas, ciegas y mudas.

Wilson pateó al que tenía más cerca y lo tiró al suelo. Era un viejo desdentado y con el rostro arrugado por el sufrimiento.

—¡Tú! —le chilló—. ¡Di algo!

—No sé nada, señor Wilson… —respondió asustado el pobre viejo—, ¡Por mi madre que no sé nada!

—¡Tú no has tenido jamás madre! —escupió Wilson—. ¡Eres hijo de una puerca nacida entre puercos!

—Sí, señor —asintió el viejo.

Cortés se fijó entonces en aquella muchacha que no tendría más de quince años. Ya la había visto en otras ocasiones. Era bonita y tenía unos pechos muy firmes, tan firmes como sus muslos y unos grandes ojos y una boca carnosa. El estómago de Cortés *la Bestia,* sintió como una punzada de deseo.

—¡Tú, ven aquí! —Cortés señaló hacia la muchacha con el látigo.

La muchacha se acercó, lentamente. Sabía lo que le esperaba pero no podía hacer absolutamente nada por impedirlo.

—¿Cómo te llamas?

—Adela…

Wilson alzó su poderosa mano para abofetearla.

—¡Se dice señor! —gritó.

Pero aquella mano no llegó a su destino porque la desvió Cortés con la punta de su látigo.

Wilson miró sorprendido a su amo. La Bestia le mostró sus dientes, blancos y perfectos.

El mafioso también sonrió y acabó por asentir con la cabeza porque había comprendido el mensaje.

Cortés se volvió para observar a la asustada muchacha.

—Adela, ¿eh? —dijo—. Bonito nombre.

—Gracias, señor.

—¿Sabes tú algo de lo que acabo de decir, Adela?

—No, señor.

—¡No les sacará nada a estos animales, señor Cortés! —exclamó despectivamente Wilson—, ¡Déjeme a mí! ¡Yo sé cómo hacerles hablar!

—De acuerdo —respondió La Bestia—. Encárgate de ello, Wilson. Y tú, Adela, ven conmigo.

La muchacha volvió la cabeza y dirigió sus aterrorizados ojos hacia

su madre. Era esta una mujer de abultados pechos y de rostro como cincelado.

—¿Qué es lo que quiere de mi hija? —le preguntó altivamente a Cortés.

Wilson masculló algo y metió su caballo entre un grupo de trabajadores para llegar a la mujer. La madre de Adela no se movió de donde estaba a pesar de saber muy bien que el capataz iba a golpearla por el descaro que acababa de demostrar hacia el amo.

—¡Quieto, Wilson! —le ordenó Cortés.

El capataz se detuvo.

—¿Qué supones tú que quiero de tu hija? —le preguntó La Bestia a la mujer.

—Nada bueno, supongo —contestó la madre de la muchacha.

—¿Y si así fuera?

—¡No tiene ningún derecho a hacerle eso a mi pobre Adela! —gimió la mujer—, ¡Es sólo una niña! ¡Lléveme a mí si quiere!

Reinaldo Cortés se echó a reír.

Wilson también.

La Bestia le dio un empujón con el pie a la muchacha para que empezara a andar mientras su madre gritaba y lloraba inútilmente y ni siquiera los golpes de Wilson acallaron sus lamentaciones.

Y nadie se atrevió a hacer ni a decir nada.

* * *

Río abajo había una cabaña oculta entre la maleza.

Y en la cabaña, un hombre.

Era joven. No tendría más de treinta años. Era alto y apuesto; de rostro moreno y negros cabellos.

Se llamaba Carlos Sandoval.

Su alma estaba llena de odio hacia Reinaldo Cortés porque su padre había muerto trabajando en una de sus plantaciones de azúcar.

A la muerte de su padre, hacía de eso cuatro meses, Carlos Sandoval había quedado solo en este mundo y como no temía a la muerte, decidió escapar de aquel infierno en el que Reinaldo Cortés era Satanás y ocultarse en la selva.

Wilson y alguno de sus hombres le persiguieron porque sabían que podía ser peligroso pero no lograron encontrarle jamás y es que Sandoval conocía la selva como nadie porque había nacido en ella y durante siete días y siete noches, se ocultó en una cueva en lo alto de una montaña y mientras estuvo allí, fraguó su venganza.

Se juró a sí mismo que tarde o temprano acabaría por matar a

Reinaldo Cortés y a Wilson y cuando éste dejó de buscarle, Sandoval se puso a reclutar hombres dispuestos a luchar por la libertad.

Fue una labor bastante difícil e ingrata. Nadie quería apuntarse a una empresa como aquélla a pesar de odiar a Reinaldo Cortés tanto como pudiera odiarle Sandoval, pero su miedo era mucho mayor que su odio.

Pero poco a poco, con paciencia y constancia, Sandoval consiguió la colaboración de algunos hombres y ahora ya tenía a diez, diez bravos dispuestos a todo y más tarde también consiguió algunas armas, no muchas, pero sí las suficientes para iniciar la guerra.

Una guerra que iba a ser dura y larga porque los hombres como Reinaldo Cortés no se rinden fácilmente ya que les aterroriza la idea de perder lo que han conseguido a costa del sudor de los demás.

La cabaña estaba en un recodo del río, sobre una loma y Carlos Sandoval se encontraba allí esperando a que llegara una lancha.

Fumaba en silencio, con sus astutos ojos clavados en las estrechas márgenes y cuando por fin apareció la proa de la lancha, Sandoval arrojó el cigarrillo y bajó corriendo al embarcadero.

En la lancha iban tres hombres.

Uno de ellos era fuerte como un toro. Se llamaba Guito, aunque todos le conocían por Sansón. Era el hombre de confianza de Sandoval, casi un hermano. Guito se habría dejado arrancar la piel por su jefe.

Los otros dos eran desharrapados y llevaban sombreros de paja. También formaban parte del pequeño ejército de Sandoval.

Guito, al igual que sus dos compañeros, llevaba una metralleta al hombro y una pipa en la boca. Y mientras los dos desharrapados anudaban un cabo a un carcomido poste de madera para que la barca no se fuera río abajo empujada por la fuerte corriente, Guito se acercó a su jefe.

—¿Qué noticias traes, Sansón? —le preguntó Sandoval.

—Todo está saliendo a pedir de boca —respondió el forzudo individuo—. He podido enterarme que ese chacal de Cortés tiene los calzoncillos cagados de miedo porque ha oído decir que está a punto de estallar una sublevación.

—Se está empezando a poner nervioso, ¿eh? —sonrió Sandoval.

—Así es. El muy hijo de perra tiene miedo.

—Pues si supiera la que le espera, aún tendría mucho más. ¿Habéis comido?

—Ni un bocado.

Subieron hasta la cabaña y encendieron una hoguera en la que asaron carne de cordero y comieron en silencio mientras el día iba declinando.

—Mañana les vamos a dar el primer susto a esos hijos de mala madre —dijo de repente Sandoval.

Y Guito asintió con la cabeza sin parar de masticar con sus enormes mandíbulas parecidas a tenazas.

* * *

Adela estaba deslumbrada por tanto lujo.

Dos mujeres con almidonados y blancos delantales se encargaron de lavarla a conciencia en la enorme bañera, tan grande como una piscina. Luego, la perfumaron y le dieron un vestido muy bonito, de color rojo. Cuando Adela se miró en el espejo de la habitación, casi no se reconoció.

—Estás muy guapa —le dijo una de aquellas mujeres.

Y mientras la otra le recogía los cabellos después de habérselos cepillado cuidadosamente, Adela miraba a su alrededor como una niña asustada. Nunca había visto tantos cuadros ni muebles tan lujosos ni aquellas enormes lámparas que colgaban del artesanado techo.

Todo era como un sueño.

Un sueño del que muy pronto iba a despertar y lo sabía pero estaba dispuesta y quién sabe si a lo mejor llegaba a gustarle tanto al amo que la permitía quedarse en la casa y más adelante, cuando se hubiera ganado su confianza, le pediría que dejara venir a su madre…

Diez minutos después, bajaba por las alfombradas escaleras de mármol y después de atravesar el enorme vestíbulo, entró en un lujoso salón donde la estaba esperando Reinaldo Cortés.

El amo estaba sentado en una gran butaca de color verde con alto respaldo. Parecía un rey.

Durante un instante contempló a la muchacha y finalmente, asintió con la cabeza.

—Lo sabía —dijo—. Sabía que eras hermosa y no me he equivocado.

—Gracias, señor.

—Lo que pasa que ahí afuera, todas parecéis iguales, ¿comprendes?

—Lo comprendo, señor.

La Bestia se puso de pie y se acercó a la muchacha cuyo corazón empezó a latir con fuerza sobre todo cuando la acarició dulcemente con su fuerte mano.

—Estás temblando —dijo Reinaldo con una sonrisa—. ¿Me tienes miedo?

—No, señor.

—Así me gusta. ¿Quieres beber algo?

—No, sé…

—Un jerez.

—Sí, señor.

Él se lo sirvió amablemente en una copa de fino talle y luego se sentaron juntos en un sofá.

—Dime una cosa, Adela…

—¿Qué, señor?

—¿Eres virgen?

La muchacha se puso colorada como un tomate y Reinaldo Cortés se echó a reír.

—Sí, señor —respondió finalmente la asustada Adela.

—Estupendo —dijo La Bestia—, Va a ser realmente divertido…

Después de cenar en el deslumbrante comedor, la pareja se dirigió al dormitorio. Adela iba temblando aunque procuraba dominarse.

Reinaldo Cortés cerró la puerta, se sentó en una butaca, encendió un enorme puro y dijo: —Desnúdate, Adela.

Poco a poco, como si llevara la lección bien aprendida y con más sangre fría de la que ella misma había supuesto, Adela empezó a quitarse la ropa y pudo darse cuenta de que su amo estaba realmente impresionado.

Después de contemplarla durante unos instantes, le hizo un gesto para que se acercara y la sentó sobre sus rodillas.

—Tienes la piel muy suave, Adela —le dijo el amo con voz ronca—y hueles como un jardín de rosas…

Luego, la besó en los duros pechos y la llevó a la cama.

* * *

La madre de Adela permanecía silenciosa, con los fríos ojos clavados en la casa del amo, allí donde estaba su hija en los brazos de aquel canalla.

A su lado había un hombre robusto llamado Juárez. Era barrigudo y tenía una pequeña barba.

—Será mejor que vayamos al poblado, María —le dijo Juárez a la madre de Adela—. Si Wilson o alguno de sus hombres nos descubren aquí, nos azotarán.

La madre de Adela echó a andar hacia el poblado donde se albergaban los trabajadores de la plantación. De vez en cuando, sin embargo, volvía la cabeza hacia la enorme y lujosa mansión de paredes blancas. Había luz en un par de ventanas superiores, con toda seguridad el dormitorio de La Bestia.

—Mi hija está ahí, Juárez… —murmuró—. ¡Con ese perro!

—Cálmate, María —le recomendó e; hombre—. Piensa que tu hija no podía hacer otra cosa porque de lo contrario, la hubiesen matado. Ya sabes cómo las gasta Wilson. Al menos ahora está viva.

—¡Les odio, Juárez! ¡Les odio con todas mis fuerzas!

—Sí, lo comprendo. Todos sentimos ese odio. Todos, María.

El hombre la acompañó hasta la casa que María compartía con media docena de trabajadores y ni uno solo de ellos se atrevió a decir nada aunque todos compartían el dolor de aquella pobre mujer.

María se sentó en su cama y al poco exclamó:

—¡En cuanto Adela regrese, nos vamos!

—¿Qué? —preguntó una mujer enjuta y vieja—, ¿Quieres que os maten?

—¡Es mejor morir que vivir de este modo! —casi gritó la madre de Adela.

—¿Adónde vais a ir? —le preguntó calmadamente Juárez—. ¿Qué vais a hacer tú y tu hija si no tenéis donde caeros muertas? Además, Wilson y sus hombres os encontrarían en un abrir y cerrar de ojos. Ya sabes lo poco que le gusta a La Bestia que nadie escape de sus plantaciones y sobre todo ahora porque teme que los que escapan se unan a Sandoval.

—Eso es precisamente lo que tengo pensado hacer, Juárez —le respondió con firmeza María—, Unirme a Sandoval.

—¡Estás loca! —exclamó un hombre que estaba sentado en un balancín y fumaba un arrugado cigarrillo—Y también Sandoval lo está. Todos los que se oponen a los que mandan en este país están locos porque ellos tienen el poder y el dinero y siempre acabarán ganando.

—A ti no te hago el menor caso —le escupió María—. Tú no eres más que un maldito calzonazos, Timoteo.

—Yo te he advertido. Tú haz lo que quieras, pero piensa en tu hija.

María no tuvo ganas de seguir hablando y se tumbó en su cama. Había tomado la firme decisión de unirse a Sandoval. Ese sí que tenía un par de huevos…

En cuanto regresara su pobre hija se marcharían aprovechando la oscuridad del amanecer y hacia el mediodía habrían alcanzado la selva de Yucatamba, escondite de Sandoval.

Pero María esperó en vano porque su hija no regresó…

* * *

Y no regresó porque Reinaldo Cortés, satisfecho con Adela por la maravillosa noche que le había hecho pasar, le pidió que se quedara con él.

—Me quedaré encantada, señor —le respondió la muchacha—. Lo único que de verdad deseo, es servirle. —Además de bonita eres inteligente —le dijo Reinaldo acariciándole los firmes muslos—. Sabes lo que quieres.

La Bestia se levantó de la cama y se bañó en la piscina mientras

Adela permanecía entre las frescas sábanas de hilo.

Poco después, aparecieron las dos mujeres de almidonados delantales y se la llevaron al cuarto de baño. La bañaron y la perfumaron y luego le dieron otro vestido, éste de color verde, escotado e insinuante.

Adela y su amo desayunaron en la gran terraza desde la que se dominaban algunas de las enormes plantaciones de azúcar y donde un centenar de esclavos, con las espaldas dobladas, trabajaban de sol a sol.

—Puedes ir a decirle a tu madre que te quedas conmigo, Adela —le dijo de repente Reinaldo—. Anda, ve. Y regresa pronto.

La muchacha atravesó corriendo el jardín y al poco llegaba a la plantación donde trabajaba su madre. Esta, al verla, dio un grito de alegría y luego la estrechó entre sus brazos pero cuando Adela le comunicó la noticia, María se echó a llorar.

—Es una suerte para la chica… —le dijo Juárez.

—¡Dices eso porque no es tu hija! —gritó María.

—Juárez tiene razón, mamá —dijo la muchacha—. Allí estoy como una reina y pronto vendrás tú también.

—¡Yo no iré jamás junto a ese hijo de perra! —volvió a gritar María —. ¡Ni tú tampoco volverás! ¡Nos marchamos ahora mismo!

—¡Estás loca, mamá! ¡Nos matarían!

Pero María, loca de rabia, agarró a su hija de una mano y la arrastró.

—¡No quiero que vuelvas junto a ese bastardo! ¡Antes prefiero que nos maten! ¡Vámonos!

Y María echó a correr arrastrando consigo a su hija a través de la plantación, pero de repente aparecieron dos hombres de Wilson a caballo y les interceptaron el paso.

—¡Atrás! —les ordenó uno de ellos amenazándolas con el rifle.

—¡Dejadme pasar! —gritó María—, ¡Quitaos de en medio!

—¡Yo me quedo, mamá! —exclamó Adela soltándose de la mano que la tenía cogida y luego y ante la desesperación de María, echó a andar hacia la mansión.

—¡Vuelve, Adela! ¡Vuelve!

Pero la muchacha no le hizo el menor caso y siguió caminando por entre los que hasta hacía poco habían sido sus compañeros de fatigas.

Entonces, María, desesperada, se postró de rodillas en el suelo y se puso a gemir desesperadamente mientras los dos hombres de Wilson sonreían. Sin embargo, de repente, la sonrisa desapareció con brutalidad de los labios de uno de ellos al recibir un disparo que le voló la cabeza.

Capítulo II

DESPUÉS de sonar aquel disparo, todo fue confusión y de repente, aparecieron los hombres de Sandoval, corriendo como gamos. Delante de todos ellos iba el propio Sandoval blandiendo su metralleta.

Wilson llegó a toda velocidad a lomos de su caballo y con una pistola en la mano. Rugía como un león y empezó a disparar sin orden ni concierto hasta que un balazo alcanzó al animal y Wilson cayó de bruces sobre los cafetales.

Luego, aparecieron más vigilantes en la plantación disparando sus armas. Wilson, que se había levantado, gritaba como un loco con el puño en alto.

Los hombres de Sandoval se habían parapetado detrás de los árboles y habían abierto fuego sobre los vigilantes alcanzando a tres de ellos. Los demás, empezaron a retroceder a pesar de las órdenes que les daba Wilson.

—¡Cobardes! —les gritaba—, ¡Hijos de perra! ¡Seguid disparando!

Pero nadie le hacía caso y tuvo que ser él solo quien, desde detrás de unas balas de algodón, hiciera frente a los hombres de Sandoval. Sin embargo, al poco rato, comprendió que estaba disparando sobre el mismo diablo puesto que los atacantes hablan desaparecido como si se los hubiera tragado la tierra.

Rugiendo como un poseso, Wilson salió de su escondite a tiempo de ver a la madre de Adela corriendo en dirección al bosque como si quisiera escapar con los hombres de Sandoval.

El capataz de Reinaldo Cortés, levantó su revólver y apretó el gatillo.

María jamás llegó al bosque…

* * *

La Bestia estaba pálida.

Delante de él tenía a Wilson quien le estaba contando lo sucedido.

Reinaldo Cortés, dio una furiosa patada en el suelo y luego empezó a maldecir.

—¡Nos quieren asustar! —exclamó Wilson—. ¡Nos quieren asustar, señor Reinaldo! ¡Pero no lo van a conseguir porque voy a acabar con todos ellos mismitos ahora! ¡Por ésta!

Wilson, a pesar de ser de origen norteamericano, llevaba tantos años en Sudamérica que hablaba como cualquiera de sus habitantes.

—Llévate a todos los hombres que hagan falta, Wilson —le ordenó La Bestia—. ¡Y aplasta a esas alimañas!

—Así lo pienso hacer, señor. Con nueve hombres será suficiente. El resto los dejaré en la plantación por si acaso.

—Está bien. Vete. Y si acabas con ese miserable de Sandoval, te juro que no te arrepentirás.

—Una cosa, señor…

—¿Qué quieres?

—He tenido que matar a la madre de esa…

—¿De Adela?

Wilson asintió con la cabeza.

—Pretendía unirse a los hombres de Sandoval.

—Has hecho bien.

El capataz abandonó el salón mientras Reinaldo Cortés se servía una copa de jerez y al poco rato apareció Adela con su bonito vestido verde.

—¿Me ha mandado llamar, señor? —preguntó la muchacha.

—Sí. Tengo que decirte algo.

—¿Qué es, señor?

—Tu madre ha muerto.

—¡Dios mío!

—La ha matado Sandoval.

—¡No es posible!

—¿Crees que miento? —gritó Cortés.

—No, señor —ella bajó la cabeza, con gran dolor.

—Bueno, ya te he dicho lo que tenía que decirte. Ahora ve a la habitación. Dentro de un momento iré yo.

Adela obedeció y mientras subía las escaleras de mármol, iba llorando desconsoladamente. En aquel momento no tenía ganas de que su amo le hiciera el amor, pero no podía negarse y ahora menos que nunca. Necesitaba de su protección para no sentirse sola en este mundo después de haber perdido a su madre.

Y luego, una vez desnuda y entre las suaves sábanas de hilo, siguió llorando y maldiciendo a Sandoval.

* * *

Sandoval y sus hombres, ocultos en el bosque, reían alegremente recordando lo que había pasado.

—¡Cada vez que recuerdo la cara que puso Wilson, me cago de risa! —explicaba Guito. —¡Estaban todos muertos de miedo!

—¡Les hemos dado un buen susto!

—Pues esto es sólo el principio —dijo Sandoval—, Hay que acabar de una vez con todos esos tiranos y arrojarlos a patadas de San Miguel.

—¿Qué planes tienes? —le preguntó un tipo pequeño llamado Troncho.

—Muchos —respondió Sandoval—. Pero ya os iré poniendo al corriente de los mismos poco a poco.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó otro.

—Pronto se hará de noche —respondió Sandoval—. Vamos a regresar al campamento. Mañana ya veremos.

Después de caminar una media hora, dejaron atrás el bosque y se introdujeron en la abrupta selva donde la noche había empezado a caer y dificultaba la marcha pero aquellos hombres conocían la misma como la palma de su mano y pronto alcanzaron el campamento, en realidad cuatro chozas en lo alto de una loma desgreñada pero eso sí, perfectamente oculta entre las enormes hojas de los árboles y los arbustos que crecían a miles.

Allá a lo lejos se veían unas lucecitas, diminutas, como ojos de aguja.

Era Chacatán la segunda ciudad más importante de San Miguel. Sólo tenía media docena de buenos edificios que podrían llamarse modernos pero el resto eran cuatro edificios ruinosos, llenos de mugre y habitados por la miseria.

Sandoval contemplaba Chacatán desde la ventana de su choza y le parecía estar viendo el bar de Rodrigo donde trabajaba su amiga Dolores.

Necesitaba de ella porque necesitaba de una mujer ya que hacía más de tres semanas que no se había acostado con ninguna.

Guito apareció en aquel momento en la choza.

Llevaba su inseparable pipa en la boca y un vaso con ron.

Se lo entregó a Sandoval y éste lo apuró de un solo trago.

—Voy a Chacatán, Guito —le dijo Carlos a su amigo.

—¿Para ver a Dolores?

—Sí.

—Ve con cuidado, amigo.

—Lo tendré. Estaré de vuelta al amanecer.

Y Sandoval emprendió la marcha hacia la pequeña ciudad a la que llegó dos horas después, al filo de las once de la noche.

Chacatán a esa hora era como un gigantesco cementerio. No había casi nadie por las calles a excepción de algunos coches.

Sandoval se dirigió al bar de Rodrigo y miró por una de las ventanas. Vio a Dolores detrás del mostrador, hablando con un cliente y a Rodrigo, el enjuto dueño, dormitando en una mesa.

Sandoval entró en el bar y cuando Dolores le vio dejó escapar un grito de alegría y se arrojó en sus brazos. El cliente que estaba con ella, se marchó.

—¡Me he estado preguntando cuándo volvería a verte, Carlos! —exclamó ella sin dejar de besarle.

—Ya ves. He venido. Necesitaba estar contigo.

—Y yo contigo. Voy a cerrar el bar.

Rodrigo despertó en aquel momento sin saber muy bien dónde se encontraba. Al ver a Sandoval, se echó a reír. En la boca apenas tenía un par de malos dientes.

—¿Qué tal el bravo guerrero? —preguntó.

—Bien, Rodrigo. Esta mañana les hemos dado un buen susto a los de La Bestia.

—Algo he oído, pero ándate con cuidado. Reinaldo Cortés es un mal enemigo.

—Reinaldo Cortés es un maldito cobarde y hay que aplastarlo lo mismo que a los demás. —Deseo que tengas mucha suerte, muchacho —dijo Rodrigo apagando la luz del local. Sandoval cogió a la muchacha entre sus brazos y la subió al dormitorio. Una vez allí, la depositó en la mullida cama y se acostó a su lado.

Ella le lió un cigarrillo y se lo puso en los labios.

Luego, le prendió fuego.

Sandoval fumó en silencio durante un momento y mientras contemplaba cómo se desnudaba Dolores. Tenía un par de buenos pechos y sus nalgas eran duras como rocas. Ella misma le quitó la camisa a Sandoval y después los pantalones y cuando él estuvo desnudo, la muchacha recreó su boca en el fuerte y vigoroso cuerpo del guerrillero. Sandoval gimió y gimió de placer, una y otra vez, hasta quedar completamente exhausto. Después se durmió.

Al despertar, ya pasada la madrugada, observó que la muchacha estaba de espaldas y le acarició los suaves cabellos negros y largos. Entonces, ella se volvió con una sonrisa y volvieron a hacer el amor.

Al terminar, permanecieron un momento abrazados.

—Tengo que regresar al campamento —le dijo de pronto Sandoval—. Y el camino es largo.

—Déjame ir contigo. Quiero estar a tu lado.

—Es peligroso, Dolores.

—No me importa.

—Quizá más adelante, cuando estemos mejor preparados.

No hubo forma de hacer cambiar de opinión a Sandoval que emprendió la marcha poco después y en efecto, el camino resultó largo y pesado porque el sol apretaba con fuerza y la selva rezumaba humedad, una humedad que atenazaba hasta las entrañas.

Y de repente, cuando se estaba aproximando a la loma en la que estaba enclavado su campamento, la sangre se le heló en las venas al distinguir la espesa humareda. Echó a correr como un loco hacia el mismo y comprobó con ojos aterrorizados que todos sus hombres habían sido asesinados…

* * *

La Bestia soltó una feroz carcajada al escuchar el relato de Wilson.

—¡Bien! ¡Muy bien, mi bravo capataz! —exclamó gozosamente—. ¡Te has ganado una buena recompensa!

—Gracias, señor.

Reinaldo Cortés abrió la caja de caudales que tenía oculta detrás de un cuadro y le entregó a Wilson un buen montón de billetes.

—Lo prometido es deuda —sonrió satisfecho La Bestia—. Disfrútalos.

—¡Esta misma noche me iré con un par de golfas!

—¡Así se habla!

Wilson abandonó el salón y Cortés se dejó caer en su butaca favorita. Le habían asestado un buen golpe a Sandoval, un golpe del que posiblemente no podría rehacerse pues no era fácil encontrar hombres dispuestos a incorporarse a una guerrilla.

Y aquella noche, para celebrarlo, le dio un banquete a Adela a quien le contó lo que había sucedido. Ella no pudo por menos que alegrarse porque tenía el convencimiento de que había sido Sandoval quien había matado a su madre.

La Bestia se emborrachó y obligó a la muchacha a mil vejaciones. Ella se sometió dócilmente con tal de no perder su privilegiada posición. Por nada del mundo volvería a los cafetales.

Y llegó la cerrada noche.

Cortés se había quedado profundamente dormido, satisfecho como una bestia después del apareamiento. Adela se levantó de la cama para tomarse un jerez. La cabeza le daba vueltas y sentía el cuerpo colorido a causa de las salvajes caricias del amo, pero no le importaba.

Con la fina copa en la mano salió a la terraza. Un poco más allá, al otro lado del jardín, se veían las luces de los dormitorios de los trabajadores. Ella había vivido allí mucho tiempo y odiaba aquel lugar. Pero no volvería más.

Saboreó el jerez.

Ahora era una dama.

* * *

Sandoval estaba apoyado contra una gruesa palmera, completamente exhausto después de haber enterrado a todos sus hombres. A muchos les faltaba la cabeza.

Guito fue la pérdida más sentida para él. Hacía mucho tiempo que ambos eran amigos, más que amigos, hermanos. Y ahora no lo tenía. Ni a él ni a David, ni a Víctor ni a Gonzalo…

Y de repente, sintió como una punzada en el estómago.

Faltaba uno.

Troncho.

¿Por qué no estaba su cadáver allí? ¿Habría logrado escapar?

Pero no era eso precisamente lo que pensaba Sandoval porque ahora empezaba a ver claro.

¿Cómo habían podido descubrir su escondite los hombres de La Bestia? ¿Quién les había conducido hasta allí?

Veía claro…

Tan claro como que Troncho les había traicionado.

La sangre se acumuló en su cerebro y su corazón empezó a latir con fuerza.

Abandonó su destruido campamento y las tumbas de sus hombres para ir a vengarse.

A vengarse de aquel hijo de perra llamado Troncho.

Caminó durante el resto de la noche y el alba le sorprendió en un pequeño pueblo no muy lejos del río. Era un pueblo que ni siquiera tenía nombre, viejo y ruinoso, de casas pequeñas y pintadas de algo que un día fue blanco.

Estaba desierto.

La gente, la poca gente que lo habitaba, dormía en sus casas y se escuchaban los ronquidos.

Sandoval se dirigió directamente a la última edificación del pueblo, allá donde ya comenzaba el camino que conducía al bosque. La puerta estaba abierta. Todas las puertas de las casas de aquellos pueblos están siempre abiertas. De día y de noche. Cuando entró en ella vio un pequeño comedor y detrás de unas cortinas hechas de cáñamo, había un dormitorio y en ese dormitorio, durmiendo a pierna suelta, estaba

Troncho. Tenía a una gorda mujer cobriza en sus delgados brazos y Troncho roncaba y ella también.

Sandoval le despertó con la fría boca de su metralleta.

Troncho abrió los ojos, asustado y cuando vio a Sandoval, aún se asustó más.

—Sal de ahí…

El pequeño traidor se echó atrás después de haber soltado a la mujer la cual dormía tan placenteramente que no se enteró de nada.

—Sandoval… yo…

—Calla y sígueme…

—¿Qué vas a hacer conmigo, Sandoval?

—¿Tú qué crees?

Troncho se dejó caer de rodillas y empezó a suplicar con ambas manos juntas como si le estuviera implorando a un santo.

—¡No me mates, Sandoval!

La mujer se despertó al fin y al ver a Troncho en aquella actitud le dio por reírse. Luego, al descubrir a Sandoval, su risa desapareció de sus gruesos labios.

—Sandoval… —musitó.

El guerrillero agarró a Troncho por los pelos y lo arrastró al exterior. El traidor pateaba y lloraba como un niño al que obligan a ir a la escuela en contra de su voluntad.

Sandoval lo arrojó como un saco sobre un montón de excrementos de puerco.

Troncho seguía gimiendo.

—Eres un maldito traidor —masculló el guerrillero—. Por tu culpa han muerto todos mis hombres. ¿Por cuánto los vendiste?

—Le debía algún dinero a Wilson —respondió Troncho temblando—. Hicimos un trato. Yo le llevaba hasta el campamento y la deuda quedaba saldada.

—¡Perro!

—Sandoval, escucha, yo puedo ayudarte. Conozco el escondrijo de Wilson en Chacatán. —No me interesa el trato. A ese perro le voy a matar de todos modos. Como a ti.

—¡No, espera! ¡Espera, por Dios!

La metralleta rugió en la madrugada como el prolongado ladrido de un perro rabioso y Troncho cayó de bruces sobre los excrementos de puerco y cuando la gente, sorprendida por el inesperado despertar, asomaron sus soñolientos rostros por la puerta de sus casas, vieron que un hombre se alejaba hacia el bosque y poco a poco, su silueta se perdió en el mismo.

* * *

Y se hizo de día.

Sandoval siguió caminando y caminando, perdido, sin saber qué hacer ni adónde dirigirse.

Sólo sabía una cosa.

Tenía que encontrar a más hombres para hacerle la guerra a La Bestia y a los que como él tenían a San Miguel en su dorado puño. Pero

sabía que alistar a esos hombres no iba a ser fácil. Nada fácil. Ya no quedaba Guitos, ni Víctor, ni David…

Sólo quedaba él y era poca cosa.

Únicamente un náufrago en medio del inmenso océano.

Se pasó dos días y dos noches encerrado en el dormitorio de Dolores, borracho y haciéndole el amor a la muchacha, como si con ello quisiera desprenderse de la bilis que llevaba dentro.

—Deja esa lucha —le decía ella—. Es inútil, Carlos. Es inútil.

—No.

—Cortés es demasiado poderoso y todos le temen. Nadie querrá enfrentarse a él. Nadie. —Yo me enfrentaré a él, Dolores.

—Eres un bravo pero nadie va a secundarte. Tendrás que luchar solo.

—Pues lucharé solo. Los hombres como él y como Wilson están de más en este mundo. Además, ahora tengo que vengar las muertes de Guito y de los otros.

—Cuenta conmigo. Sé cómo manejar un arma.

—Tú te quedas aquí, Dolores. No quiero que te pase nada.

—Y voy contigo.

Sandoval la miró y después le acarició dulcemente los suaves y negros cabellos que caían sobre sus desnudos hombros, morenos y aterciopelados.

—Está bien —dijo luego—. Vendrás conmigo. Pero prepárate para una larga lucha, Dolores.

—Estoy preparada, Carlos.

—Entonces, partiremos al amanecer.

Luego, se durmieron con ambas manos entrelazadas.

Capítulo III

TRANSCURRIERON dos meses.

Y en aquel tiempo sucedieron muchas cosas. Por ejemplo. La Bestia había decidido casarse.

Pensó y con razón que necesitaba una mujer que cuidase de la mansión y de él mismo.

Adela no le ser vía. Además, ya empezaba a estar harto de ella.

Y se lo dijo cierta noche, de forma brutal e inesperada.

—Mañana te vuelves al cafetal.

Ella le miró asombrada pensando que se lo había dicho en broma.

—Hablo en serio —asintió Cortés—, Aquí ya estás de más, pequeña.

—¡No me obligue a volver allí, señor!

Él se echó a reír.

—Es tu sitio en este mundo. ¿O habías pensado que tu sitio estaba aquí?

Ella le odió en aquel momento pero no dijo nada. Lo único que le importaba en aquellas circunstancias era quedarse en la mansión aunque fuese de fregona.

—Puedo quedarme en la cocina, ayudando a Chacha. ¡Pero por favor, no me envíe a la plantación! ¡No podría soportarlo! ¡Quiero estar cerca de usted!

Cortés volvió a reírse.

—Eres una maldita aduladora. Lo has sido siempre, pero demuestras ser inteligente. Está bien. Quédate con Chacha.

Adela respiró tranquila. Aquello era mejor que nada.

Dos días después. Reinaldo Cortés abandonó la mansión con rumbo desconocido. Únicamente Wilson tenía conocimiento de adónde había ido.

Y adonde había ido La Bestia era a Palmeras, la capital de San Miguel, donde le estaba aguardando una deliciosa dama…

Se reunió con ella en el hotel Palacio, el mejor y más lujoso de la capital.

La dama se llamaba Cristina.

Era muy hermosa, tenía unos labios sensuales, como le gustaban a Reinaldo. Sus cabellos eran rubios y los llevaba recogidos en un elegante

moño. Sus ojos eran azules, penetrantes. Pero lo que más le gustó a Cortés, fueron aquel par de avasalladores pechos, erguidos y llenos de vida, y aunque ocultos detrás de la elegante blusa, su contorno era prometedor.

Se sentaron el uno frente al otro, en la lujosa suite que Reinaldo había reservado para la dama.

—Hacía mucho tiempo que no nos habíamos visto, ¿verdad? —preguntó él.

—Dos años.

—En Caracas.

—Sí, en Caracas.

—Supongo que mi carta te sorprendería un poco.

—Sí, es cierto. Me sorprendió pero aquí estoy,

—Bueno, ya sabes para qué te he pedido que vinieras, Cristina.

—Lo sé. Quieres casarte conmigo.

—Eso es. ¿Qué me respondes?

—¿Crees que me hubiera molestado en venir si pensara decirte que no?

—¿Entonces aceptas ser la esposa de Reinaldo Cortés? —sonrió él.

—Acepto.

—¡Magnifico!

—Pero quiero que sepas algo, Reinaldo.

—¿Qué es ello?

—No soy virgen.

Él se echó a reír.

—¿Tanta gracia te ha hecho? —le preguntó ella sorprendida.

—¡Criatura, eso ya no tiene ninguna importancia en los tiempos en que vivimos!

—Me alegra de que pienses de un modo tan liberal, Reinaldo. ¿Sabes? Creo que vamos a entendernos muy bien.

—Yo también lo creo. Cristina.

La boda se celebró una semana después en la misma ciudad. Fue una gran ceremonia y que llenó de orgullosa petulancia a los habitantes de Palmeras, poco acostumbrados a aquella clase de acontecimientos.

A la boda asistieron más de quinientos invitados y entre esos invitados había uno muy especial.

Se llamaba Humberto Dicenta.

* * *

Dolores había aprendido mucho, tanto que ya era capaz de adiestrar a los pocos hombres que formaban la guerrilla.

Habían levantado el campamento en la zona de Cruces, en plena selva. No era fácil encontrar aquel lugar si no se conocía bien la misma.

Sandoval contaba ahora con unos diez hombres, todos perfectamente equipados pero algo torpes en el manejo de las armas. Sin embargo, el bravo guerrillero contaba con la inestimable colaboración de Dolores, su brazo derecho.

Sandoval quería entrar lo antes posible en acción, pero consideraba que aún no había llegado el momento y por ello había ordenado que la instrucción de sus hombres fuera intensiva. Y a fe que la muchacha se había tomado la orden al pie de la letra y sometía a los hombres a unas palizas increíbles.

Una noche, mientras estaban los dos acostados en la tienda, ella le dijo:

—Dentro de poco tiempo podrás disponer de ellos. Creo que estamos consiguiendo un pequeño gran ejército.

—Lo estás consiguiendo tú, Dolores. ¿Sabes una cosa? Nunca pude imaginar que me fueras tan útil.

—¡Eso te demostrará que las mujeres servimos para algo más que para la cama! —exclamó ella riendo.

Sandoval le acarició uno de los hermosos pechos. Eran como manzanas a punto de madurar.

—No sé qué haría sin ti. Dolores.

—Ni yo sin ti, Carlos.

Al día siguiente de la boda de Reinaldo Cortés con la distinguida dama de Caracas, uno de los centinelas encaramado en lo alto de una palmera, emitió una señal muy parecida al gorjeo de un guacamayo.

Sandoval trepó rápidamente a otra palmera y vio que se acercaba un hombre a lomos de una mula.

—¡Es Humberto Dicenta! —exclamó el guerrillero.

Era éste un individuo de buen porte, distinguido y elegante. Tenía los cabellos totalmente blancos y andaba despacio, como una tortuga.

Tiempo atrás. Humberto Dicenta tuvo que emigrar de San Miguel a causa de sus ideas políticas. Era un liberal convencido. Se fue a los Estados Unidos y allí amasó una pequeña fortuna que ahora estaba dispuesto a invertir para liberar a su país de hombres como Reinaldo Cortés.

Había entrado en contacto con Sandoval hacía un par de semanas y le prometió su ayuda, ayuda que había cumplido proporcionando moderno armamento a la guerrilla y cierta cantidad de dinero.

Ahora se encontraba de incógnito en San Miguel pero para ello había tenido que someterse a la cirugía estética.

Humberto Dicenta desmontó de la mula y tendió su vigorosa mano a Sandoval y luego a Dolores.

Admiraba a aquella mujer, hermosa y decidida, valiente y fiel a su hombre.

—Reinaldo Cortés se ha casado —les comunicó mientras estaban comiendo a la sombra de una enorme palmera.

—¿De verdad? —preguntó Dolores—. ¿Y quién es la desgraciada?

—Se llama Cristina Blanco. Es una dama de Caracas muy hermosa. Al parecer, La Bestia y ella se conocieron hace años y ahora él la ha pedido en matrimonio. Cristina ha aceptado como es natural. Creo que su familia estaba en la bancarrota.

—Muy lista —murmuró Sandoval.

—Bueno, vayamos a lo nuestro —dijo después Humberto Dicenta—. ¿Cómo andan las cosas?

—Los hombres ya están casi a punto, Humberto —respondió Sandoval—. Pronto, muy pronto, entraremos en combate.

—Las cosas no van a ser fáciles —dijo Humberto encendiendo una pipa—, Reinaldo Cortés tiene poder y está protegido por el gobierno. Eso significa que tendrá toda su ayuda.

—Lo sabemos. Pero en cuanto nos hayamos cargado a Cortés, nos retiramos —respondió Dolores.

—Veremos… —apuntó Sandoval.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Dolores—. Ese fue el trato, ¿no?

—Reinaldo Cortés no es el único cacique que hay en San Miguel —dijo Humberto Dicenta—. Hay algunos más y hay que acabar con todos ellos para que nuestro país vuelva a ser libre.

—Eso es lo que yo opino —respondió Sandoval—. Pero el primero es Reinaldo Cortés. —Estamos de acuerdo —asintió Humberto—, Brindemos por eso.

Y los vasos con ron chocaron en el aire.

Era un brindis de guerra y de muerte.

* * *

La noche de bodas de Reinaldo Cortés, fue épica.

El cacique quiso pasarla a bordo de su flamante yate, mar adentro, él y su esposa a solas pero ocurrió algo imprevisto y es que estalló una furiosa tormenta y le aconsejaron que no se hiciera a la mar.

Reinaldo decidió entonces regresar a su mansión, donde dio una gran fiesta a sus vecinos, tan caciques como él, y también invitó a Wilson aunque le advirtió que procurara no emborracharse.

Adela tuvo que reconocer que la esposa del amo era muy bella pero también era cierto que sus sueños de convertirse en la primera dama de aquella mansión, se habían derrumbado. Asistió al banquete y al baile

con uniforme de camarera, sirviendo a unos y a otros aun que seguía pensando que aquello era mucho mejor que estar en la plantación.

Cuando la fiesta hubo terminado, los recién casados se retiraron a sus aposentos. Iban cogidos del brazo, muy enamorados.

Pero luego vino lo peor. Al menos para Reinaldo Cortés y por eso se ha aclarado antes que su noche de bodas fue épica y el motivo de ello no fue otra cosa que el espantoso ridículo que hizo ante su mujer.

Porque una cosa era hacerle el amor a Adela. Con ella no tenía ningún tipo de obligación y le había importado bien poco que la muchacha disfrutara en la cama o no. Era estar como con una prostituta.

Pero otra cosa muy distinta era su esposa.

Reinaldo Cortés se esforzó todo lo que pudo en hacerla feliz en la cama pero desgraciadamente no lo logró en ningún momento porque Cristina le volvió loco y no le dio tiempo de demostrar nada.

La Bestia había estado con muchas mujeres a lo largo de su asquerosa vida, pero con ninguna con la categoría de su flamante esposa.

La cosa ya empezó cuando la vio desnuda.

Era mucho más hermosa de lo que él había supuesto nunca. Jamás había visto un cuerpo tan perfecto y armonioso.

Luego, en la cama, ella le demostró que estaba bien aleccionada y que se sabía todos los trucos imaginables para volver loco a un hombre.

Por su parte, Reinaldo Cortés demostró que era un principiante.

Aquello le dolió enormemente al cacique ya que él siempre se las había dado de gran amante.

—No te preocupes, cariño —le repitió ella muchas veces—. Ya llegará el momento en que puedas hacerme feliz.

Reinaldo Cortés se durmió satisfecho como un puerco mientras ella dejaba escapar una risita.

Al día siguiente, bajaron a desayunar a la terraza y él le mostró sus plantaciones desde la misma.

—Luego iremos a dar un paseo a caballo, querida —le dijo Reinaldo —. ¿Te parece bien? —Es una magnífica idea.

—¿Te gusta montar?

—Me encanta.

Reinaldo Cortés tomó buena nota de aquellas palabras y se prometió así mismo regalarle a su esposa el mejor caballo de toda la región. Y en efecto, después de desayunar, montaron a caballo y se dirigieron a las plantaciones donde los trabajadores les saludaron respetuosamente mientras el sudor resbalaba a mares por sus rostros y sus doloridos cuerpos.

De repente, vieron llegar a Wilson a todo galope.

—¿Qué pasa? —le preguntó Reinaldo.

—El comisario Gálvez le espera en la mansión, señor.

—¿El comisario Gálvez? ¿Y qué diablos quiere?

—No me lo ha dicho, señor.

—Está bien. Ahora mismo vamos.

De regreso a la mansión. Cristina le dijo a su esposo que iba a bañarse a la piscina a lo que él accedió gustoso y mientras ella iba a ponerse el; bañador, Reinaldo se reunía con el comisario Gálvez en el salón principal.

Gálvez era un hombre rechoncho y atildado. Usaba gafas oscuras y tenía un fino bigotito, bien recortado y mirando ligeramente hacia arriba. Era el jefe de la policía y de los servicios de seguridad.

—¿Qué tal, comisario?

—Buenos días, señor Cortés —saludó —saludó amablemente Gálvez —. Ante todo quiero felicitarle por su boda.

—Gracias. ¿Cómo es que no acudió al banquete de anoche?

—Me encontraba fuera de la ciudad.

—Va. ¿Quiere beber algo?

—No, muchas gracias. Nunca bebo cuando estoy de servicio.

—¿Está usted de servicio?

—Sí, en efecto.

Gálvez se había acercado a uno de los ventanales, no para admirar el paisaje, sino a la esposa de Reinaldo Cortés que acababa de llegar a la piscina luciendo un diminuto bikini el cual ponía de manifiesto su precioso cuerpo.

—Su esposa es realmente bella, señor Cortés —murmuró.

La Bestia se aproximó al comisario y al ver la expresión de éste, gruñó:

—Supongo que no habrá venido para admirar a mi esposa, comisario.

—No, claro que no. Disculpe. He venido para hablarle de Carlos Sandoval.

—¿Otra vez ese perro?

—Desgraciadamente así es y bien que lo lamento.

Estaba seguro de que ya no tendría que preocuparme de él nunca más.

—¿Qué sucede, comisario?

—Por los informes que poseo, parece ser que ha vuelto a las andadas.

—Le aplastaremos como la otra vez.

—En esta ocasión no creo que vaya a ser tan fácil, señor Cortés —dijo pensativamente Gálvez—, Sandoval no es tonto y no caerá dos veces en la misma trampa. Además, tengo entendido que su guerrilla está bien armada y mejor entrenada.

—Oiga, comisario, ¿qué es lo que ha venido a decir me? Hable claro de una vez. —Sandoval se la tiene jurada, señor Cortés. Y también a los demás terratenientes. Pero usted es su objetivo número uno, así que le aconsejo que tome todo tipo de precauciones.

Reinaldo Cortés tragó saliva. Había empezado a sudar. Se sirvió una copa de jerez.

—¿Qué me sugiere que haga? —le preguntó luego al comisario.

—¿Cuántos hombres tiene?

—Unos quince.

—Necesita el doble por lo menos.

—De acuerdo. Wilson se encargó de eso.

—Y todos bien armados.

—Por supuesto.

—Yo por mi parte, le prometo que haré lo que pueda. Ordenaré algunas batidas a ver si tenemos suerte.

—Confío en usted.

—No confíe demasiado, señor Cortés. Tampoco dispongo de hombres suficientes para protegerles a todos ustedes. De todos modos, le repito que haré cuanto pueda. —Gracias, comisario.

—Bien, ahora debo irme. Aún tengo muchas cosas que hacer.

Antes de abandonar el salón, el comisario echó un disimulado vistazo en dirección a la piscina. Cristina estaba tomando el sol con sus hermosos pechos al descubierto.

Cuando Gálvez se hubo marchado. Reinaldo se reunió con su mujer.

—Será mejor que te pongas la otra pieza del bañador, querida —le dijo.

—¿Por qué? Estamos solos.

—No del todo. A veces viene a verme gente…

—Lo que tú digas. Reinaldo.

Él se inclinó para darle un beso y luego mandó llamar a Wilson.

Le contó a su capataz lo que le había dicho el comisario. Wilson, entornó los ojos y su rostro se volvió el de una alimaña.

—Déjeme a ese renegado de mi cuenta, señor Cortés. Yo me encargaré de aplastarlo. —Pero date prisa antes de que sea más fuerte.

Wilson se alejó y Reinaldo Cortés, el cacique, se sirvió otra copa de jerez.

Tenía miedo.

Capítulo IV

WILSON llegó a Chacatán cuando ya anochecía y se dirigió directamente al hotel Conquistador, el mejor de la pequeña ciudad. Alquiló una habitación y ordenó que le subieran una botella de ron.

Cuando la tuvo en su poder, se tumbó en la cama y empezó a beber mientras pensaba en el modo de aniquilar a Sandoval. Una media hora más tarde, llamaron a la puerta.

—¡Adelante! —exclamó Wilson.

Entró un hombre alto y delgado. Llevaba un sombrero sobre los ojos y por debajo del mismo asomaban unos cabellos que un día fueron negros pero que ahora estaban medio teñidos de rubio.

—Cierra —le ordenó el capataz.

El hombre obedeció. Wilson echó el último trago y dejó la botella encima de la mesita. Luego, miró al recién llegado.

—¿Qué me cuentas, Simón?

—Bien ¿y tú, Wilson?

—Necesito hombres y armas.

El tal Simón asintió con la cabeza pero no dijo nada.

—Pongamos unos quince hombres —prosiguió Wilson—y una veintena de metralletas con la correspondiente munición.

—Puedo proporcionártelo.

—¿Cuánto va a costarme?

—Unos cien mil.

—Es mucho.

—Escucha, Wilson, no tengo tiempo para regatear, ¿comprendes? Me sobran clientes.

El capataz pegó un salto y agarró a Simón por la cazadora y luego lo aplastó contra la pared.

—Escúchame tú, Simón —mordió Wilson—, No me vengas con ésas. No soy ningún novato y no me gusta que nadie pretenda extorsionarme.

—Está bien. Suéltame.

Wilson lo hizo. Simón se arregló la ropa y encendió un purito. Después de arrojar el humo en el rostro del capataz, murmuró:

—Los tiempos han cambiado, Wilson. Ya no es como antes. Si yo no te servía, te servía otro. Ahora no. Ahora soy yo quien manda aquí y el

que tiene lo que necesitas. *El único* que lo tienes. ¿Puedes meterte eso en la cabezota?

Desgraciadamente. Wilson sabía que aquel tipo tenía razón. Estaba en sus manos.

—De acuerdo. ¿Lo dejamos en ochenta mil?

—Cien.

—¡Eres un hijo de perra!

—¿Sí o no?

—¡Si! ¡Pero algún día te acordarás de esto! ¡Palabra!

—¿Cuándo necesitas lo que me has pedido?

—Mañana.

—Bien, mañana lo tendrás todo. Nos reuniremos a las once en el rancho que hay en la hondonada del valle. No tiene pérdida.

—Lo conozco.

—No lo olvides. A las once. Y trae el dinero o no te llevarás ni una sola bala.

—¡Así te pudras!

Simón abandonó el hotel y al poco rato entraba en una casa que se encontraba en la plaza mayor, desierta a aquellas horas de la noche. Subió las escaleras y llamó dos veces a una puerta.

El que le abrió fue Humberto Dicenta.

—Acabo de estar con Wilson, el capataz de Reinaldo Cortés —le dijo Simón después de que Dicenta cerrara.

—¿Y qué quería?

—Hombres y armamento. Tenemos que encontrarnos mañana, a las once, en el rancho que hay en la hondonada del valle.

Humberto Dicenta sonrió.

—Allí estaremos. Simón.

* * *

Wilson fue al lugar de la cita con un par de hombres y con los cien mil que le había dado Reinaldo Cortés ordenadamente colocados en un maletín.

El sol pegaba con fuerza y los tres hombres cabalgaban sin prisa puesto que les sobraba tiempo y después de dejar atrás la selva, apareció el valle y allá al fondo, bajo una escarpada montaña y en plena hondonada, se encontraba el rancho. Estaba pintado de verde y medio caído.

Wilson iba totalmente confiado. Sabía que Simón era una rata, pero podía fiarse de él puesto que nunca le había fallado.

Los tres hombres desmontaron al llegar al rancho y el capataz, con el

maletín en la mano, miró a su alrededor en busca de Simón.

—¿Qué hora es? —le preguntó a uno de sus hombres.

—Las once y diez.

—Es extraño —murmuró Wilson—. Ya debería de estar aquí.

Y de repente, cuando se disponía a sentarse en los escalones que conducían al porche, sonó el primer disparo y el hombre que acababa de darle la hora, salió despedido hacia atrás con un agujero en la cabeza.

Wilson pegó un salto y corrió hacia su caballo, gritando:

—¡Es una trampa! ¡Larguémonos de aquí!

Sonó otro disparo y Wilson notó como si alguien le hubiera apuñalado por la espalda. Era un dolor lacerante que le obligó a soltar el maletín con el dinero pero que no le impidió montar y salir a todo galope en el instante en que su otro compañero caía fulminado muy cerca de él.

Wilson siguió cabalgando mientras las balas silbaban a su alrededor una melodía de muerte, pero él siempre había sido un tipo con mucha suerte en las situaciones difíciles y en esta ocasión también pensaba tenerla.

Cabalgó a ciegas en dirección al río, con el temor de que una bala acabara con él en cualquier momento, pero la suerte le protegió una vez más.

Alcanzó el río y cuando penetró en la selva, supo que estaba a salvo.

* * *

Sandoval recogió el maletín del suelo y lo abrió.

Dolores soltó un prolongado silbido.

—Me pertenece la mitad —dijo Simón a sus espaldas.

—Es cierto, yo se lo prometí —dijo Humberto Dicenta.

Sandoval le entregó los cincuenta mil a Simón y éste, se dirigió hacia su mula.

—Será mejor que desaparezcas por una temporada —le aconsejó Sandoval—. Wilson irá a por ti.

—No le tengo miedo —respondió Simón y luego se alejó lentamente.

—Bien —dijo Humberto Dicenta—, Creo que le hemos dado un buen susto a ese perro de Wilson. Ahora irá a ladrarle a su amo y Reinaldo Cortés se pondrá nervioso y empezará a cometer fallos. Siempre sucede igual. Esos malditos caciques son todos unos cobardes.

—Esta forma de lucha no me gusta —dijo Dolores.

—Hay que tener un poco de paciencia —le dijo Sandoval—. Muy pronto entraremos de verdad en acción.

—¿A qué estamos esperando? —preguntó la muchacha.

—A que comiencen las lluvias —respondió Dicenta—. Entonces, nadie puede trabajar en las plantaciones y así se corre el riesgo de matar a los pobres trabajadores.

—No había pensado en eso —admitió Dolores—. Es una buena idea.

Sandoval miró hacia el cielo.

—Llevo el suficiente tiempo en este país como para saber que empezará a llover antes de una semana.

—¡Entonces atacaremos! —exclamó Humberto Dicenta.

* * *

Wilson bramaba como un loco mientras el médico le extraía la bala de la espalda. Mientras, Reinaldo Cortés se paseaba arriba y abajo de la pequeña habitación como un león enjaulado.

—¡Ya está! —exclamó el galeno sujetando la bala entre las pinzas. Luego, la arrojó a una palangana.

Desinfectó la herida a Wilson y luego le hizo un fuerte vendaje.

—Dentro de una semana estarás como nuevo, Wilson —le dijo el médico.

—Ahora lárgate, doctor —le ordenó Reinaldo Cortés y cuando el médico abandonó la habitación, el cacique se volvió a su capataz.

Sus ojos despedían chispas.

—¡Voy a descontarte los cien mil de tu sueldo, Wilson! —gritó.

El capataz se pasó la punta de la lengua por los resecos labios.

—¿Cómo iba a suponer que se trataba de una trampa, señor? Simón siempre se había portado bien. Pero al parecer ahora se ha pasado al bando de Sandoval.

¡Ya me encargaré de él!

—¡Deja en paz a Simón! —vociferó Reinaldo Cortés—. ¡El que me interesa es ese maldito guerrillero!

—Y a mí, señor.

La Bestia se limpió el sudor que le caía por la frente.

Necesitamos más hombres y armamento —dijo luego algo más calmado.

—Al habernos fallado Simón no sé a quién recurrir, señor Cortés —dijo Wilson.

—Yo sí.

—¿A quién?

—Eso es cosa mía.

Cortés salió de la habitación y se reunió con su esposa en el salón. Cristina estaba tocando el piano.

—Tocas maravillosamente bien, querida —le dijo.

—Gracias, Reinaldo.

—Cristina…

—¿Sí, querido?

—Esta tarde tengo que trasladarme a Palmeras para resolver unos asuntos.

—¿Quieres que te acompañe?

—Me encantaría, pero prefiero ir solo puesto que se trata de un viaje de negocios. Lo que quería decirte es que mientras yo no esté aquí no te dejes ver demasiado. Ya me entiendes.

Ella se echó a reír.

—Quieres decir que no me bañe en la piscina.

—No me importa que te bañes, pero procura no llamar demasiado la atención.

—De acuerdo, Reinaldo. Haré lo que me pides.

El cacique llegó a Palmeras al anochecer y después de instalarse en el hotel más lujoso de la ciudad, hizo una llamada telefónica.

Tres horas más tarde, ya tenía lo que necesitaba.

* * *

Cristina se bañó antes de acostarse y mientras su doncella le preparaba la cama, la esposa de Reinaldo Cortés le preguntó:

—¿Quién es Carlos Sandoval?

La doncella levantó la cabeza.

—¿Dónde ha oído ese nombre, señora?

—Todo el mundo habla de él.

—Es un guerrillero.

—¿Peligroso?

—¡Oh, sí! Muy peligroso, señora.

—¿Tú le has visto alguna vez?

—Sí, hace algún tiempo.

—¿Es guapo?

La doncella sonrió.

—Mucho, señora. Es el hombre más guapo que he visto nunca.

—Creo que es una especie de Dios entre los trabajadores, ¿no es así?

—Sí, señora.

—Está bien, puedes retirarte.

—Buenas noches, señora.

Cristina se acostó sobre la cama. Era una noche terriblemente calurosa, así que se despojó del incómodo camisón y se quedó completamente desnuda.

Empezaba a darse cuenta de que había cometido un grave error casándose con Reinaldo, porque si bien era un hombre poderoso y rico, no era capaz de hacerla feliz.

Dio vueltas y más vueltas en la cama.

Estaba muy excitada.

Terriblemente excitada.

Se levantó de la cama y salió a la terraza y en ese momento escuchó a lo lejos una hermosa canción que interpretaban los recolectores, una canción que hablaba de amor y de pasión.

¡Aquellas dos cosas que ella tanto estaba necesitando sentir!

* * *

El centinela apostado en lo alto de la palmera emitió un gorjeo parecido al del papagayo. Sandoval se llevó los prismáticos a los ojos.

—Es César. No hay peligro.

César era un muchacho de unos quince años. Llevaba un amplio sombrero de paja y vestía muy pobremente.

—Hay movimiento de soldados —le dijo a Sandoval.

—Explícate.

—He visto a Reinaldo Cortés con muchos hombres. Veinte por lo menos. Y también he visto muchas ametralladoras y munición. Parecía un ejército.

—Eso significa que se ha reforzado —dijo Dicenta.

—Teníamos que haber atacado antes —dijo Dolores—. Ahora ya es demasiado tarde. —No es demasiado tarde, Dolores —replicó Sandoval —. Nosotros contamos con el factor sorpresa.

—No me gusta cómo se han puesto las cosas, Carlos —dijo la muchacha—. Pueden morir muchos de los nuestros.

Sandoval permaneció un rato en silencio.

—Humberto, creo que deberíamos atacar antes de las lluvias —dijo de pronto.

—No sé. Tengo que pensarlo.

—Creo que no hay nada que pensar —replicó Sandoval—. Tenemos que atacar antes de que se organicen.

—Está bien —asintió Humberto Dicenta—. Lo haremos.

* * *

Pero algo iba a cambiar aquellos planes.

El teniente Cortés era un hombre duro y despiadado. El comisario Gálvez confiaba ciegamente en él porque sabía que le era fiel ya que

odiaba a las guerrillas, sobre todo a la de Carlos Sandoval con quien tenía una cuenta pendiente.

Cortés y sus hombres se presentaron aquel mismo día en una aldea llamada Cumán, en realidad cuatro casas parecidas a chabolas. Las calles estaban sin asfaltar y había fango hasta en los tejados. Las gallinas se paseaban a sus anchas con la tranquilidad de saber que allí no habían ladrones.

La llegada de Cortés, un hombre pequeño y rechoncho, causó una pequeña conmoción en Cumán porque nunca había habido ni tanto ruido ni tanta gente en la aldea.

Los hombres ele Cortés, unos veinticinco, saltaron de sus jeeps, entraron en las casas y obligaron a salir a sus moradores, que a aquellas horas estaban durmiendo la siesta, y los amontonaron a todos en la calle principal como si fueran puercos.

Cortés dejó escapar un escupitajo antes de empezar a ladrar:

—No tengo ganas de haceros daño. Podéis creerme. Pero si me obligáis soy capaz de mataros a todos.

Los pobres aldeanos se miraron muertos de miedo. Habían oído hablar de Cortés y sabían cómo las gastaba.

—¿Alguno de vosotros sabe dónde se encuentra Sandoval? —preguntó el teniente en voz alta para que le oyeran todos.

Nadie respondió nada.

—¡Empezamos mal! —gritó Cortés—. ¡Muy mal! Voy a repetir la pregunta. ¿Alguno sabe dónde se esconde Sandoval

Silencio.

Cortés dejó escapar una risita y luego movió la cabeza.

—Está bueno. ¿Nadie quiere hablar?

Ahora su expresión se hizo dura y salvaje.

—¡Por última vez! ¿Nadie quiere ayudarme?

Entonces, se adelantó un viejo. Casi no se aguantaba de pie.

—Tú —le dijo Cortés—. ¿Sabes algo?

—Ninguno de nosotros sabe dónde se oculta Sandoval, teniente Cortés —le dijo el viejo—. ¿Por qué tendríamos que saberlo? Somos unos pobres aldeanos que lo único que hacemos es trabajar nuestras tierras. Nosotros no sabemos nada de guerras.

Cortés se acercó a aquel viejo y le abofeteó. El pobre hombre salió despedido hacia atrás y fue a caer sobre el fango y cuando su mujer quiso ayudarle, los soldados se lo impidieron.

—¿Me toma por tonto? —gritó el teniente—, ¿Crees acaso que no sé qué Sandoval se ha ocultado aquí en algunas ocasiones? ¡Vosotros sois sus amigos y le ayudáis!

Cortés sacó su pistola y se acercó al viejo. Apuntó el arma hacia él y dijo entre dientes:

—Si no habla alguien y pronto, mato al viejo.

En ese instante, un soldado se aproximó al teniente y le dijo algo. Cortés volvió la cabeza.

El pequeño César venía distraídamente a lomos de su vieja mula por el camino del bosque. No vio a los soldados hasta que oyó el grito de su madre:

—¡Huye, César' ¡Huye!

El muchacho saltó de la mula y echó a correr como alma que lleva el diablo en dirección al bosque.

Mientras uno de los soldados le propinaba un brutal culatazo a la madre de César y la pobre mujer caía al suelo con una sangrante brecha en la frente, media docena de soldados emprendían la persecución del muchacho en un jeep.

—¡Traédmelo vivo! —les ordenó Cortés.

César ya había alcanzado el bosque. Su intención era la de ocultarse en la selva, que conocía muy bien. Allí los soldados no podrían encontrarlo nunca. Pero éstos debían pensar lo mismo y temían que si el muchacho conseguía su propósito, no podrían cogerle y el teniente era capaz de matarles.

Por eso el conductor habla apretado a fondo el acelerador del jeep y el vehículo volaba por el bosque, dando brincos.

La selva ya estaba muy cerca y con un poco de esfuerzo, César pensó que podría llegar hasta ella antes de que los soldados pudieran cogerle.

Sin embargo, se equivocó.

Y toda la culpa la tuvo una maldita caída que le hizo perder unos segundos valiosos y a pesar de que se incorporó casi inmediatamente, sintió que le dolía el tobillo y que no podía correr como antes y de pronto, cuando ya estaba a punto de alcanzar la selva, el jeep se le vino encima.

—¡Detente o te mato! —le gritó uno de los soldados.

César obedeció. Los soldados le agarraron por los cabellos y le empujaron hacia el vehículo.

Quince minutos después estaban todos de regreso a la aldea. Cortés, al verles, dejó escapar una risita, y la madre del muchacho un gemido de desesperación y de dolor mientras la sangre le resbalaba por el rostro.

Capítulo V

EL campamento de Sandoval estaba tan silencioso como un cementerio. Los soldados dormían antes de la pelea recuperando fuerzas y en su tienda, el guerrillero y Dolores terminaban de hacer el amor por si aquélla era la última vez que estaban juntos.

—Creo que es lo mejor que podemos hacer, querido —le dijo ella acariciándole—. Sería un error esperar las lluvias para atacar. Hagámoslo ahora y pronto.

—Partiremos dentro de una hora. Quiero estar allí al anochecer, cuando los trabajadores están durmiendo y no corren peligro.

Mientras tanto, el guerrillero que estaba de vigilancia cerca del campamento, encaramado en lo más alto de una palmera, vencido por el sueño y el aburrimiento, no se percató de aquellas sombras que como serpientes se movían a sus espaldas.

Cortés levantó un brazo y sus hombres se dispusieron a entrar en acción agazapados detrás de los arbustos y con los cañones de Sus metralletas apuntando en dirección al campamento. Iba a ser tan fácil como cazar conejos.

El teniente bajó enérgicamente su brazo y las ametralladoras empezaron a escupir fuego.

Entonces, el guerrillero que estaba de vigilancia despertó de golpe y empezó a gritar como un loco mientras abría fuego contra los soldados, pero pronto cayó fulminado de su escondite, al igual que los tres guerrilleros que estaban más próximos a los hombres de Cortés.

Sandoval y Dolores salieron volando de la tienda, disparando a ciegas porque aún no se habían dado perfecta cuenta de dónde estaban escondidos los soldados, debido a la espesura del follaje. Ocultos detrás de unos matorrales, vieron horrorizados cómo caían sus hombres pero entontes ya habían detectado a los agresores y les lanzaron dos bombas de mano.

Oyeron gritos de dolor y de rabia mientras hacían funcionar salvajemente sus metralletas.

Sandoval estaba loco de rabia por haber caído en aquella estúpida emboscada precisamente en el momento en que se disponía a atacar a Reinaldo Cortés.

Aquella idea le nubló totalmente el cerebro y eso le hizo atacar a la

desesperada. Salió de estampida de su escondite, disparando como un poseso y de nada sirvieron las voces de alerta de Dolores y de Humberto Dicenta.

Cortés la vio venir hacia él.

El teniente dejó escapar una de sus frías risitas y le apuntó con su metralleta. Iba a ser muy fácil alcanzarle y por fin se habría librado de uno de sus peores enemigos.

Apretó el gatillo.

Sandoval notó el primer impacto en un brazo. Fue como un abrazo de fuego pero que le salvó la vida porque se tiró de bruces al suelo y rodó hasta ocultarse detrás de unos matorrales.

Dolores se arrastró hacia él.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

—Me duele el brazo, pero estoy bien. ¡Hay que acabar con ellos como sea!

Entonces vieron a Humberto Dicenta con una granada en cada mano dirigiéndose como un caballo desbocado hacia la posición de los soldados.

—¿Qué hace ese loco? —gritó Sandoval—. ¡Atrás, Humberto! ¡Atrás!

Demasiado tarde.

Humberto Dicenta se arrojó contra los soldados y en ese mismo instante se escuchó una tremenda explosión.

Luego se hizo un profundo silencio.

Un silencio de muerte.

* * *

Sandoval reconoció entre los cadáveres el del teniente Cortés.

—¡Tenía que ser este perro! —masculló.

Más allá, el cuerpo de Dicenta estaba totalmente destrozado, irreconocible.

—Ha sido un valiente —murmuró Dolores.

—Le enterraremos con todos los honores —dijo Sandoval.

Y así lo hicieron.

Una hora después, Humberto Dicenta y los cinco guerrilleros que habían muerto en aquel ataque, fueron enterrados en una colina, muy cerca del cielo.

Luego, todos regresaron al campamento.

—Lo que no comprendo —dijo Sandoval—es cómo han podido dar con nuestro escondite.

—Sólo pueden haberles informado en un lugar, Car los —dijo Dolores—. Y ese lugar es Cumán. Sólo ellos saben dónde nos ocultamos.

—¿Cumán? —Sandoval miró a su compañera—. Si, tienes razón. Tenemos que averiguar qué ha ocurrido. Voy a ir ahora mismo.

—Te acompaño.

—No, tú quédate aquí, con los hombres. Estaré de regreso al anochecer.

—Ve con cuidado, Carlos.

—Lo tendré.

Sandoval se puso en camino.

Llevaba el brazo vendado pero no le dolía o al menos no sentía ningún dolor porque su odio era más grande que cualquier dolor que pudiera existir en el mundo.

Llegó a Cumán y vio a sus gentes en la calle, hablando en voz baja. Cuando le vieron, un hombre corrió hacia él.

—¡Ha ocurrido algo espantoso, Sandoval! —exclamó—. ¡Espantoso!

El guerrillero desmontó de su caballo.

—¿Qué ha pasado?

Le condujeron a la miserable casa donde vivía César con su madre. Este aún tenía sangre en su rostro, sangre coagulada que descendía hasta su barbilla.

Estaba inclinada sobre el cadáver del pequeño, envuelto en una sábana, sobre su cama de tablones.

—Los soldados le torturaron, Sandoval —le dijo aquel hombre—, ¡Pobre hijo! ¡Le torturaron hasta hacerle confesar dónde estaba tu escondite!

Sandoval cogió una mano del pequeño. Estaba fría.

—¡No le toques! —gritó entonces su madre—. ¡Tú tienes la culpa de todo! ¡Maldito seas mil veces, Sandoval!

El guerrillero abandonó la miserable cama y se sentó en el suelo, con la cabeza entre las manos.

Jamás había sentido tanto odio en su cuerpo.

* * *

El comisario Gálvez terminó de cenar y se limpió cuidadosamente la boca con la servilleta de hilo. Luego se llevó un cigarro a los dientes y lo mordió. Escupió la punta y se puso de pie.

Encendió el puro junto a la ventana y en ese momento el reloj que tenía en el comedor dio las nueve.

Las nueve de la noche.

Ya debería haber tenido noticias de Cortés y todavía no sabía nada y eso le preocupaba.

¡Si Sandoval lo había matado, se lo haría pagar!

A las diez ya no pudo más y envió una patrulla a que averiguara qué había sucedido. Luego, él se fue al bar de Tito, donde estaban las mujeres más hermosas de la ciudad y cuando entró allí recibió el fuerte olor a perfume barato. Se sentó a una mesa, cerca del escenario, donde una de las furcias estaba representando una obra picaresca.

Ninguna de aquellas mujeres tenía la clase y la belleza de la esposa de aquel ricachón de Reinaldo Cortés. ¡Aquélla sí que era una mujer! ¡Lo que él daría por llevársela a la cama!

Alguien se sentó en la mesa de al lado.

Era un hombre pequeño con un sombrero que le cubría los ojos y un poncho que casi arrastraba por el suelo.

Se llamaba Nerón y era uno de los confidentes de Gálvez.

—Buenas noches, comisario.

—¿Qué hay, Nerón?

—Malas noticias.

—¿Qué pasa?

—Corren rumores de que se han cargado al teniente y a todos los hombres que iban con él.

—¿Sandoval?

Nerón asintió con la cabeza.

—¡Ese hijo de perra! —masculló el comisario.

—Y hay más.

—¿Qué?

—Sandoval se dispone a atacar a Reinaldo Cortés antes de las lluvias.

—¿Cómo sabes tú eso?

Nerón rió.

—Tengo algunos amigos en Cumán a los que les hago creer que simpatizo con la causa de Sandoval.

—Está bien. Gracias.

—De eso no vivo, comisario.

Gálvez le dio algún dinero y abandonó el bar de Tito, subió a su coche y se dirigió a la mansión de La Bestia.

Encontró a Reinaldo escuchando un delicioso concierto de piano interpretado por su encantadora esposa.

—Buenas noches, señor Cortés —saludó Gálvez. Luego, el comisario hizo una respetuosa inclinación con la cabeza a Cristina, que ella devolvió con una sonrisa.

—¿A qué ha venido, comisario? —preguntó Reinaldo.

—Tenemos que hablar de algo muy importante, señor —le respondió Gálvez.

—Está bien. Vayamos a mi despacho.

Reinaldo Cortés le pidió a su esposa que le disculpara y los dos

hombres se encerraron en el lujoso despacho del cacique.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó éste sentándose detrás de la mesa.

—Se trata de Sandoval.

—¿Qué pasa ahora?

—He sabido que puede presentarse aquí en cualquier momento.

—No me importa. Estoy bien preparado.

—Sí, ya sé que ha conseguido más hombres y armamento. De todos modos, vaya con mucho cuidado. Sandoval es como una fiera herida. Nunca se sabe lo que va a hacer.

—Está bien. Gracias por su información. Sin embargo, permítame que le haga una pregunta. ¿Qué hace usted mientras tanto? ¿Por qué no persigue a ese perro?

El rostro del comisario se crispó.

—¿Cree que no lo hago? ¡Pues sepa que acabo de perder a uno de mis mejores hombres y a más de una veintena de soldados en una refriega con el guerrillero!

—Lo siento.

—Otra vez vaya con cuidado con lo que habla —mascullló Gálvez.

El comisario abandonó el despacho, se despidió de Cristina y salió de la mansión hecho una furia.

Reinaldo se reunió con su esposa.

—Parecía muy enfadado —dijo éste.

—¡Bah! No le hagas caso.

—¿Ocurre algo grave?

—Sí, otra vez ese maldito Sandoval… —respondió el cacique sirviendo dos copas de jerez. Le dio una a su esposa y luego tomó asiento en una butaca—. Cristina, creo que lo mejor será que te vayas de aquí por una temporada.

—¿Que me vaya? ¿Por qué?

—Hay razones para creer que Sandoval nos atacará en cualquier momento y no quiero que cuando eso ocurra, tú te encuentres aquí.

—No tengo miedo, Reinaldo.

—Ya sé que no, pero no deseo que te suceda nada. Te irás mañana mismo.

—¿Adónde?

—A Palmeras. Te hospedarás en el hotel Palacio hasta que todo haya pasado. ¿De acuerdo?

—Lo que tú digas, Reinaldo.

Luego, se fueron a la cama e hicieron el amor, pero una vez más La Bestia no fue otra cosa que un simple corderito en los experimentados brazos de Cristina.

* * *

Caminaban formando una fila india, en silencio, entre las oscuras sombras de la cerrada noche. Pero su ventaja era que conocían perfectamente aquella selva.

Eran en total una docena de hombres y una valiente mujer.

Era la guerrilla de Sandoval, herida de muerte, luchando a la desesperada y su objetivo era destruir a un cacique llamado Reinaldo Cortés, más conocido por La Bestia. Pero él sólo iba a ser el primero. Luego, seguirían otros hasta eliminar toda aquella carroña en cuyas manos de oro estaba San Miguel.

Sabían a lo que se iban a exponer, pues no ignoraban que Cortés se había reforzado de hombres y armamento y sabían también que podían morir todos.

Pero no les importaba. Tenían una misión que cumplir y la cumplirían.

Ya cuando despuntaba el alba, hicieron un alto en el camino para descansar un rato mientras tres hombres vigilaban. Los demás dormían sujetando las metralletas, y su jefe Sandoval permanecía despierto y pensando.

A su lado, Dolores le miró.

—¿En qué piensas, Carlos?

—Estaba pensando en César.

—¡Pobre muchacho!

—Le destrozaron a golpes.

—Fue un valiente.

—Ahora su madre me odia. Cree que yo soy el culpable de todo.

—No pienses en eso, Carlos. No tiene razón. Tú no eres el culpable de nada.

—A veces, lo dudo.

—No digas esas cosas. Todos confiamos en ti para destruir a los caciques. Por cada uno que te odia, diez te admiran.

Sandoval cerró los ojos porque de pronto se había sentido tremendamente cansado. Dolores ya no le dijo nada más. Le dejó que durmiera porque buena falta le a hacer recuperar fuerzas.

Una hora más tarde reemprendieron la marcha pero pronto tuvieron que ocultarse. Acababan de descubrir una patrulla de paramilitares, seguramente al servicio de

Reinaldo Cortés. Iban fuertemente armados con moderno armamento.

Sandoval les hizo un gesto a sus hombres para que les dejaran pasar y la patrulla se alejó lentamente.

El guerrillero esperó un poco más y volvió a ordenar la marcha y unos quince minutos más tarde, avistaron las primeras plantaciones de La Bestia.

Sandoval se llevó los prismáticos a los ojos y de repente, vio algo que le dio qué pensar.

La bella y distinguida esposa de Reinaldo Cortés se estaba despidiendo de éste y luego se metió en un lujoso automóvil negro.

Después, el coche arrancó y el cacique permaneció allí hasta verlo desaparecer por el camino que conducía a la carretera principal.

Acto seguido, se metió en la mansión seguido por su fiel Wilson.

Entonces, Sandoval dijo algo que sorprendió a todos:

—Nos volvemos atrás.

—¿Qué? —preguntó asombrada Dolores.

—He cambiado de opinión.

—¿Que has cambiado de opinión? ¡No te comprendo!

—Ya te lo contaré. ¡Vámonos de aquí!

Capítulo VI

LA bella esposa de Reinaldo Cortés se instaló en la mejor suite del hotel Palacio, en Palmeras. Había una gran terraza que daba a un parque repleto de gente.

Cristina respiró a pleno pulmón. Aquello era vida y no la que llevaba en la plantación con aquel marido que era incapaz de hacerla feliz. Si se había casado con él era únicamente por su dinero, pero algún día le dejaría plantado, cuando tuviera lo suficiente para marcharse muy lejos.

Se quitó la ropa quedando completamente desnuda y se miró en un espejo. Ella sabía que era hermosa y que los hombres la deseaban.

De repente, llamaron a la puerta de la suite.

Cristina se puso una bata y fue a abrir.

Era un hombre de mediana estatura, elegante. Llevaba un traje blanco y una orquídea en el ojal.

—¿Qué desea? —le preguntó Cristina.

—Perdone, pero creo que me he equivocado de habitación —le respondió aquel hombre y después de una leve inclinación con la cabeza, se fue por el alfombrado corredor. Cuando bajó al hall se dirigió a la centralita.

—Quiero una conferencia con el 2907 de Chacatán.

* * *

En Chacatán a aquellas horas de la tarde el sol caía de plano y las calles estaban prácticamente desiertas y los comercios cerrados.

Una mujer descendió de un taxi frente al bar de Rodrigo.

Era Dolores.

Entró en el local. Había un hombre dormitando en una de las mesas.

La muchacha le zarandeó.

—Rodrigo…

El hombre levantó medio adormilado la cabeza y al ver a su antigua empleada, exclamó muy contento:

—¡Dolores! ¿Tú aquí?

—He venido porque espero una llamada telefónica y he dado este número. ¿Te importa, Rodrigo?

—¡Claro que no! ¿Quieres beber algo?

—Un refresco.

El hombre se lo sirvió.

—¿Qué tal las cosas, Dolores?

—Sólo regular.

—¿Y Sandoval?

—Está bien, pero se siente muy solo. No es fácil encontrar hombres que quieran unirse a su guerrilla. No sé qué le ocurre a este país, Rodrigo.

—La gente tiene miedo.

Sonó el teléfono y la muchacha corrió a descolgarlo.

—¿Dolores? —se oyó al otro lado del hilo telefónico.

—Sí, yo soy ¿Dónde está mi prima?

—En el lugar que habíamos supuesto. Suite 704.

—Gracias.

Dolores colgó y regresó junto a Rodrigo.

—¿Qué os traéis entre manos? —le preguntó éste.

—No puedo decírtelo, Rodrigo —respondió la muchacha—, Pero si todo sale bien, le vamos a dar un buen golpe a ese puerco de Reinaldo Cortés.

* * *

Aquella misma noche, en la tienda de Rodrigo, Dolores le contó al guerrillero lo que le había dicho por teléfono el hombre de Palmeras. Era éste un buen amigo del fallecido Humberto Dicenta con quien Sandoval podía contar en caso necesario.

—Está bien —dijo el guerrillero—. Mañana nos trasladaremos allí. Creo que es la mejor idea que he tenido en toda mi vida, Dolores.

—Yo no estoy tan segura.

—¿Por qué no?

—En cuanto Reinaldo Cortés sepa que hemos secuestrado a su mujer, nos enviará a todos sus hombres y el comisario Gálvez… Supongo que ese chacal nos perseguirá porque es su obligación, pero teniendo a la esposa de La Bestia en nuestro poder, deberá ir con mucho cuidado. Creo que el plan es bueno, Dolores.

La muchacha guardó silencio y al cabo de un momento preguntó:

—¿Tan hermosa es?

—Mucho.

Sandoval se echó a reír.

—¡Pero no tengas celos, mujer! Tú eres más bonita que ella. Y aunque no lo fueras, daría lo mismo.

Dolores no dijo nada. Sin embargo, tenía el presentimiento de que las cosas se iban a complicar con la presencia de la esposa de Reinaldo Cortés en la guerrilla.

* * *

Mientras tanto, el cacique estaba reunido en su despacho con el comisario Gálvez. Este, por no perder la costumbre, fumaba un enorme puro y tenía los ojos ligeramente entornados mientras Reinaldo Cortés permanecía silencioso y tenso.

—¡Estoy seguro de que algo está pasando, comisario! —exclamó.

—Tenga calma, señor Cortés. No adelantará nada poniéndose nervioso.

—¡Mis hombres han perdido todo contacto con Sandoval. ¡Parece como si se lo hubiera tragado la tierra! Y eso no me gusta. ¿Por qué no ataca? ¿Por qué ha desaparecido?

—A lo mejor es que tiene miedo —respondió Gálvez con una risita.

—¡Su sentido del humor no me hace ninguna gracia, comisario! —explotó el cacique.

Gálvez se quitó el puro de la boca y miró fijamente a Reinaldo Cortés.

—Me toma por tonto, ¿verdad? Piensa que me estoy dejando tomar el pelo por Sandoval, ¿eh?

—¡Ya no sé qué pensar!

—Mire, señor Cortés, yo sé lo que pasa y lo sé porque soy un profesional. Sé que Sandoval sabe que no cuenta con hombres suficientes para atacar con garantías de éxito. Debe haberse enterado de que tiene usted más hombres y más material y eso le debe haber hecho recapacitar. Además, Sandoval también sabe que yo le persigo. Así que está entre dos fuegos y por eso no se decide a atacar, porque tiene miedo. ¿Comprende, señor Cortés? Esa es la única razón y por eso estoy tan tranquilo.

Reinaldo Cortés se quedó unos instantes pensativo y finalmente sonrió.

—Puede que tenga usted razón, comisario.

—La tengo, lo cual no significa que se tenga que dejar de hostigarle. Sandoval no es de los que abandonan fácilmente y si ve que ahora no puede atacar, eso no quiere decir que no vaya a hacerlo más adelante. Sin embargo, sé que tiene problemas para reclutar hombres. Nadie quiere enrolarse en su guerrilla por temor a posibles represalias a sus familiares.

—Oyéndole hablar se diría que es el fin de ese canalla, comisario.

—Yo no lo aseguraría tan categóricamente. Pero que se encuentra en

una situación difícil, es un hecho. De otro modo, ya habría atacado sus plantaciones, señor Cortés.

—¡Vamos a brindar por eso, comisario!

—No es mala idea.

Brindaron con jerez sin saber lo que estaba ocurriendo en aquellos momentos en el hotel Palacio de Palmeras.

* * *

Cristina se había tumbado en la cama, desnuda. Una vez más se sentía muy excitada y es que no podía remediarlo. Era una mujer tremendamente ardiente y necesitaba de alguien que la calmara.

Se revolcó como una gata en celo jugueteando con sus largos cabellos y durante un rato de quedó boca abajo, con ambos brazos estirados y las piernas entreabiertas hasta que unos golpecitos en la puerta la hicieron reaccionar.

—¿Quién es? —preguntó.

—La camarera, señora.

—Un momento.

Se puso la bata y fue a abrir.

En efecto, se trataba de una camarera pero que tenía una pistola en la mano.

—No grite o disparo —la amenazó Dolores mientras cerraba la puerta.

—Le advierto que tengo poco dinero —tartamudeó—, pero puedo darle algunas joyas.

—No quiero ni una cosa ni la otra. ¡Vístase!

Dolores la observó mientras se cambiaba de ropa y tuvo que admitir que se trataba de una mujer realmente hermosa, una mujer capaz de volver loco a cualquier hombre… incluido Sandoval.

Cuando Cristina se hubo cambiado, Dolores se despojó del uniforme y se guardó la pistola en un bolsillo del vestido.

—Ahora —le dijo a la mujer de Reinaldo Cortés—vamos a salir de aquí como dos buenas amigas. Pero quiero advertirle de una cosa; si hace algún movimiento sospechoso o se le ocurre gritar, la mato.

Dolores abrió la puerta de la habitación para que saliera Cristina. Luego lo hizo ella y se dirigieron tranquilamente al ascensor. Dolores pulsó el botón y cuando aquél llegó al piso, la puerta se deslizó silenciosamente y las dos mujeres se introdujeron en el mismo y bajaron hasta el vestíbulo principal donde había bastante movimiento debido a un numeroso grupo de turistas que acababa de llegar, por lo que nadie reparó en ellas.

Salieron a la calle, torcieron por la primera esquina y subieron al coche que estaba esperando.

Luego, éste partió sin excesivas prisas por la avenida Pizarro en dirección a la autopista que las conduciría a Chacatán.

* * *

La noticia corrió como un reguero de pólvora por la plantación.

¡Sandoval había raptado a la mujer de La Bestia!

Los recolectores, inclinados al sol como lagartijas, se miraron entre ellos y sonrieron. Aquél era un buen triunfo. Sandoval le había dado en todos los huevos a Reinaldo Cortés.

Adela, en la cocina, también estaba satisfecha. El amo había recibido su merecido y ahora que ya sabía que no había sido Sandoval quien había matado a su madre sino aquella bestia de Wilson, se alegraba de todo el mal que pudieran hacerle al cacique por haberle mentido…

Los gritos desesperados del amo se escuchaban por toda la casa. Estaba como loco.

Un rato después llegó el comisario Gálvez, pálido como un muerto.

Reinaldo Cortés le aguardaba en el salón. Le acompañaba Wilson.

—Así que Sandoval estabas acorralado, ¿eh, comisario? —bramó el cacique—. ¡Maldita sea! ¡Es usted un inepto!

—Yo…

—¡Cállese! ¡Le juro que cuando todo esto haya terminado haré que le destituyan de su cargo!

—Lo siento, señor Cortés —se excusó humildemente Gálvez—. No podía suponer lo que estaba tramando ese canalla.

Reinaldo Cortés se mesó nerviosamente los cabellos.

—Bien, hay que hacer algo, ¿no? Sandoval me ha amenazado con matar a Cristina si no me entrego inmediatamente a él.

—Conservemos la calma —dijo el comisario—. Si actuamos precipitadamente puede ser peor. ¿Qué es lo que ha dicho exactamente ese perro de Sandoval?

—¡Me ha dado un plazo de cuarenta y ocho horas para entregarme a él o matará a mi esposa! —exclamó el cacique con abatimiento.

—Déjeme a mí, señor —dijo Wilson—. Yo le encontraré antes de que se cumpla el plazo y acabaré con él. Tenemos hombres y material suficientes para aplastarlo.

—No va a ser tan fácil —intervino el comisario—, Sandoval conoce la selva como la palma de su mano y tiene un millar de escondites donde ocultarse. ¡Lástima que dispongamos de tan poco tiempo!

—¡De nada sirve lamentarse, comisario! —bramó el cacique—. ¡Hay

que hacer algo y pronto!

—Les repito que yo puedo encontrarle —masculló Wilson—. ¡Háganme caso! ¡Déjenme ir a por él!

—De acuerdo —dijo el comisario Gálvez—. Vaya usted, Wilson. Pero yo también iré con mis hombres. Utilizaremos un par de helicópteros. ¿Tienen un mapa de la zona?

* * *

Los guerrilleros estaban ocultos en la abrupta selva sometidos al continuo ataque de los mosquitos y al sofocante calor, pero aquello era mucho mejor que dejarse ver.

Sandoval no ignoraba que ahora les iban a perseguir a muerte, así que todas las preocupaciones eran pocas. Permanecerían allí hasta que se cumpliera el plazo que le había dado a Reinaldo Cortés. Aquél era un buen escondite.

Cristina estaba sentada en una roca, realmente atemorizada pero al mismo tiempo observando cautelosamente y con admiración al guerrillero, el cual le parecía un hombre realmente interesante y enigmático. Le gustaban sus manos, fuertes y enérgicas y suspoderosos brazos, pero sobre todo su boca, algo carnosa y sensual.

Por su parte, Dolores no le quitaba la vista de encima a la prisionera y debido a ello la había sorprendido mirando a Sandoval como una gata en celo. Aquello no le gustaba porque estaba segura de que si aquella mujer se proponía conquistar a su hombre, lo conseguiría.

Y así fueron transcurriendo las primeras horas.

Nadie hablaba en el grupo, todos se limitaban a vigilar y a descansar. Tenían los nervios en tensión porque ninguno de ellos ignoraba que aquel secuestro habría enfurecido al cacique y al comisario Gálvez y que ambos se iban a lanzar a la desesperada para intentar salvar a la prisionera.

De repente, oyeron el zumbido de motores.

—¡Helicópteros! —gritó uno de los centinelas.

Se echaron todos al suelo, con las armas dispuestas. Dolores se colocó detrás de Cristina con el cañón de su metralleta apuntando directamente hacia ella.

Los dos aparatos dieron algunas vueltas por encima de sus cabezas y luego se alejaron.

—¡Pasó el peligro! —exclamó Sandoval—. ¡Pero es posible que vuelvan! ¡Así que alerta todos!

Ayudó a levantarse a la prisionera.

—Gracias —sonrió Cristina—. Es usted realmente amable.

Dolores cogió bruscamente por un brazo a la prisionera y se la llevó

de allí.

Sandoval la estuvo observando mientras se alejaba.

¡Lástima que a lo mejor tuviera que matarla!

* * *

Wilson y sus hombres entraron brutalmente en el pueblo donde ya pocos días antes estuvieron los soldados.

Los habitantes de Cumán ya estaban acostumbrados a aquel tipo de visitas y por ello no se alteraron lo más mínimo.

La madre de César les observó desde la puerta de su casa. Después de la muerte de su hijo, parecía haber envejecido diez años. Una muerte de la que consideraba culpables no sólo a los soldados sino también a Sandoval.

Wilson hizo ladrar su metralleta disparando al aire.

—¡Supongo que estaréis enterados de que ese perro de Sandoval ha raptado a la esposa del ilustre Reinaldo Cortés! ¡Es un acto muy grave y que tiene que ser castigado!

Silencio.

—¡Traigo un mensaje para vosotros del ilustre señor Reinaldo Cortés!

Silencio.

—¡Si alguno conoce el paradero de Sandoval es el momento de decirlo! ¡A cambio recibirá una importante cantidad de dinero y un trabajo en las plantaciones del señor Cortés!

Wilson miró uno a uno a aquellos hombres.

—¿Nadie quiere hablar?

Nuevo silencio.

—¡Peor para vosotros! —bramó Wilson—, ¡A partir de mañana se os cortará el suministro de agua! ¡Vuestras reses morirán de sed y vosotros también! ¡Pensadlo bien! Se adelantó un hombre pequeño y enjuto.

—Señor, nosotros no sabemos dónde está Sandoval.

—¡Mientes, viejo!

—No, señor. No lo sabemos —respondió otro.

De pronto, se oyó la voz de la madre de César.

—Buscad en la zona de Cruces. El estará allí.

—¡Calla! —le ordenó uno de aquellos hombres.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Wilson a la mujer.

—Yolanda Cebado.

—Bien, Yolanda. Tendrás lo prometido. ¡En marcha!

Los tres jeeps se alejaron de la aldea a toda velocidad dejando tras de si una abundante cortina de polvo. Y cuando todo quedó en silencio, la gente se volvió para mirar a Yolanda.

El hombre pequeño y enjuto fue el primero en arrojarle una piedra. Luego le secundaron los demás y de nada sirvió que la madre del pequeño César echase a correr porque las piedras arrojadas por el enfurecido pueblo la alcanzaban una y otra vez hasta que finalmente cayó de rodillas con la cabeza abierta y las piedras siguieron cayendo sobre ella…

Capítulo VII

EL odio que sentía Wilson le empujaba a avanzar por la selva sin tener en cuenta para nada las continuas llamadas por radio de aquel inepto de Gálvez.

Wilson había decidido hacer la guerra por su cuenta y ganarla. Estaba seguro que si conseguía atrapar o destruir a Sandoval, tendría luego a Reinaldo Cortés en la palma de su mano y le podría manejar a su antojo. Le exigiría como premio que le regalara alguna de sus muchas plantaciones.

Aquélla era su gran oportunidad para convertirse en un hombre importante y no estaba dispuesto a desaprovecharla.

Avanzó con sus hombres por la selva en dirección a Cruces, sin descanso, infatigablemente, y de repente uno de ellos, un tipo llamado Flores, le hizo una indicación para que se detuviera.

—¡Alto! —gritó Wilson.

Saltó de su jeep y fue corriendo hacia él. El mercenario estaba de cuclillas escarbando el fangoso suelo con un dedo.

—¿Qué pasa, Flores?

—Han estado aquí no hace mucho. Tres o cuatro horas a lo sumo. Luego han seguido hacia el norte.

—Bien, nosotros también iremos hacia allí. ¡En marcha!

Wilson quería aprovechar las últimas horas del día.

Cuando llevaban una media hora de camino, vieron aparecer un helicóptero.

—¿Deber de ser ese hijo de perra de. Gálvez! —gruñó—. ¡Lo va a estropear todo!

En efecto, Wilson no se había equivocado. El helicóptero tomó tierra cerca del grupo y el comisario descendió de su interior y corrió hacia el capataz, que se pie en su jeep, le miraba con el odio reflejado en sus ojos.

—¿Qué diablos quiere, comisario? —gritó Wilson.

—¡Acordamos que ésta sería una misión que llevaríamos a cabo entre los dos, Wilson! ¡Pero usted no ha cumplido el trato y está haciendo la guerra por su cuenta! Le exijo que…

—¡Comisario, usted no es nadie para exigirme nada! ¡Yo hago lo que me da la gana!

—¿Es su última palabra?

—¡Sí!

—¡Entonces me veré obligado a detenerle por obstruir la labor de la justicia, Wilson!

—¡Inténtelo!

Después de pronunciar aquella palabra, los hombres de Wilson dirigieron sus armas hacia el comisario Gálvez. Este entornó los ojos y asintió con la cabeza.

—Está bien, Wilson —masculló—. Usted gana por ahora. Pero le juro que cuando esto haya terminado, nos veremos las caras…

El capataz soltó una sonora carcajada.

* * *

—Me muero de calor, Sandoval… —le dijo la prisionera—. ¿Hay por aquí algún lugar donde pueda tomar un baño?

—Desde luego. En esa hondonada hay un riachuelo. Dolores la acompañará.

—¿Y por qué no me acompaña usted?

—¿Es un capricho?

Cristina asintió con la cabeza.

—De acuerdo. Vamos.

Dolores les vio alejarse y apretó con fuerza la metralleta que tenía entre las manos y por unos segundos estuvo tentada de seguirles, pero luego cambió de opinión. No quería mostrarse como una estúpida celosa, así que se tragó la rabia que sentía en aquellos momentos.

Cuando llegaron al riachuelo, Cristina acarició el agua con sus manos.

—¡Está deliciosa! —exclamó.

Luego, sin mediar palabra alguna, comenzó a desnudarse sin importarle en absoluto el que Sandoval la estuviera mirando.

—¿Y usted ¿no se baña? —le preguntó al guerrillero.

—No.

—¡Usted se lo pierde, Sandoval! —exclamó Cristina y después se introdujo en el agua. Sandoval sabía de sobras que podía poseer a aquella belleza en cuanto se lo propusiese, pero aquél no era el momento oportuno. Estaban sobre un volcán y no había tiempo para veleidades.

Sin embargo, era tan difícil resistirse…

Jamás en toda su vida había visto a una mujer con un cuerpo como aquél.

Cristina, de pie, se arrojaba agua sin parar y Sandoval observó

aquellas gotas que resbalaban por sus hermosos pechos y por su vientre, descolgándose hacia los muslos. Ella le sonrió, burlona e incitándole.

—Le gusta jugar con los hombres, ¿verdad? —le preguntó Sandoval.

—Depende de la clase de hombres. Hay algunos a los que ni siquiera me molesto en mirar. Pero usted es distinto. No sea estúpido, Sandoval. Si le gusto, aquí me tiene. No me resistiré. Ni usted se arrepentirá.

—Estoy seguro de que no. Pero ahora no es el momento…

—Luego, quizá sea demasiado tarde.

—Es posible que tenga razón y que me arrepienta toda mi vida por no haber poseído a una mujer como usted, Cristina… pero ahora, tengo otras cosas en las que pensar. —¿Tanto odia a mi marido?

—Sí, porque él y algunos otros están haciendo mucho daño a este país con su maldita ambición. San Miguel está en manos de hombres como Reinaldo Cortés. A los demás no nos queda nada, ni siquiera el derecho a la propia vida. ¡Así que antes de morirnos de hambre, tenemos el deber de luchar por nuestra supervivencia!

De repente, Dolores llegó corriendo.

—¿Ocurre algo? —le preguntó Sandoval.

—¡Wilson y algunos hombres se están acercando!

—¡Vístase! —le ordenó el guerrillero a Cristina—. ¡Y tú, Dolores, vigílala!

—Con mucho gusto… —masculló ésta.

Sandoval fue a reunirse con el resto del grupo, agazapados detrás del abrupto follaje. —Esto no me gusta… —murmuró el guerrillero—. No comprendo cómo han podido llegar hasta aquí. ¡Tiene que haberles informado alguien!

—¿Qué hacemos, Sandoval?

—Esperar. No abriremos fuego si no es necesario.

* * *

Flores señaló en dirección al suelo.

—Huellas recientes, Wilson —le dijo—. Están cerca. Muy cerca.

—¡Desplegaos! —gritó el capataz.

Los hombres de Wilson avanzaron lentamente, con sus armas a punto, husmeando a un lado y a otro, con los ojos bien abiertos y los nervios en tensión.

Sandoval por su parte analizó fríamente la situación. El enemigo era muy superior en número y en material. Si abrían fuego contra ellos, no tardarían en aplastarles.

—Nos retiramos —le dijo al hombre que estaba a su lado.

—¿Qué?

—¡He dicho que nos retiramos y ahora mismo! ¡Vamos!

Sandoval y su pequeña guerrilla emprendió la retirada selva adentro, corriendo como gamos, corriendo sin parar durante un buen trecho. Dolores era la encargada de cuidar de la prisionera y cada vez que ésta se caía, la guerrillera la obligaba a levantarse sin ningún miramiento.

Por fin, reventados, se detuvieron en lo más intrincado de la selva donde el follaje era tan espeso que parecía de noche.

Los hombres se dejaron caer al suelo, exhaustos, rotos.

Sandoval, apoyado en un grueso tronco, respiraba entrecortadamente mientras el sudor resbalaba por su frente y por su rostro como si acabara de salir del agua.

Las dos mujeres habían quedado algo rezagadas del grupo, tendidas en el suelo, agotadas.

Después de un largo silencio, Sandoval se dispuso a hablar con sus hombres. —Muchachos, prestad atención…

Las miradas de los guerrilleros se dirigieron al jefe.

—He estado pensando en nuestra situación. No cabe duda de que si Wilson ha llegado hasta aquí, es porque alguien le ha informado. Pero eso no importa ahora. Ya no tiene remedio. Sin embargo, vamos a cambiar de táctica.

—¡Creo que nunca conseguiremos lo que nos hemos propuesto, Sandoval! —exclamó uno de los guerrilleros—. Estamos atrapados porque sabemos que no es sólo Wilson quien nos viene pisando los talones sino también ese miserable de comisario Gálvez.

—¿Crees que no lo sé, Daniel? —le preguntó Sandoval—. ¡Pero no vamos a rendirnos! Todo lo contrario.

—Habla claro de una vez —le pidió Dolores.

—En primer lugar, vamos a cambiar de táctica. Vosotros seguiréis hacia el Norte, hacia la región de Rosales. Allí tenemos amigos y os ayudarán a ocultaros. Eso obligaría a Wilson y a Gálvez a seguirnos.

—¿Y tú? —le preguntó Daniel—. ¿Qué harás tú?

—Yo llevaré a la prisionera a la plantación.

Dolores se levantó de un salto y avanzó decididamente hacia Sandoval.

—¿Qué has dicho? ¿Es que te has vuelto loco?

—Todo lo contrario, Dolores —le respondió Sandoval—. Creo que es lo mejor que podemos hacer dadas las circunstancias. ¿Es que no lo comprendes? En la plantación apenas quedarán hombres. Todos los que había nos están buscando ahora. Reinaldo Cortés recibirá mi visita cuando menos se lo espera…

—No es mala idea —admitió Daniel—. Nosotros entretenemos a esa gentuza mientras tú te presentas con el rehén en la plantación…

—Exacto.

—¡No me gusta! —exclamó Dolores.

—Te guste o no es lo que vamos a hacer —le respondió duramente Sandoval—, Luego, cuando todo haya terminado me reuniré con vosotros en Rosales.

—¡Déjame ir contigo!

—No, Dolores. Tú te quedas con ellos.

La muchacha clavó sus fríos ojos en el guerrillero y luego en la prisionera.

—Sé lo que andas buscando, Carlos… —masculló—. Sé que lo único que quieres es quedarte a solas con ella…

Dolores no pudo seguir hablando porque Sandoval la abofeteó.

—¡No sabes lo que estás diciendo! ¡Esa mujer no me importa nada! ¡Nada! ¡Lo único que me importa es nuestra causa! ¡Métetelo en la cabeza!

Después de aquellos segundos de tensión, Daniel empezó a andar.

—Creo que lo mejor será que emprendamos la marcha. ¡Hasta pronto, Sandoval! —¡Buena suerte, muchachos!

Dolores dirigió una furiosa mirada a Sandoval y luego, sin decir una sola palabra, se fue detrás de sus compañeros.

Pero el guerrillero sabía lo mucho que le odiaba en aquel momento.

* * *

Wilson soltó una maldición tras otra cuando comprobó que los guerrilleros se le habían escapado de las manos delante de sus propias narices.

Flores se encontraba a su lado, fumando, pensativamente.

—Está claro que nos han visto llegar y se han marchado —dijo éste —. Han seguido hacia el norte, siempre hacia el norte. Pero no pueden andar muy lejos, Wilson. Van a pie. Les alcanzaremos tarde o temprano.

—Sí, tienes razón. ¡Vamos!

Wilson, una vez más, forzó la marcha de sus hombres y al cabo de un rato, Flores les hizo una indicación para que se detuvieran.

—¿Qué pasa ahora? —gruñó el capataz.

—Han cambiado de rumbo —respondió Flores—. Ahora se dirigen hacia las montañas. —¿Hacia las montañas? ¡Diablos, no lo entiendo! ¿Por qué hacia allí?

—Sí, es muy raro —admitió Flores—. A no ser que tengan un nuevo lugar donde esconderse.

—Debe ser eso. ¡En marcha! ¡Creo que se saben acorralados y huyen a la desesperada!

—Eso puede ser peligroso para la esposa del señor Cortés —dijo

Flores.

—¡Al diablo con ella! —explotó Wilson—. ¡A mí lo único que me importa es ese perro de Sandoval!

Cuando Wilson y sus hombres se hubieron alejado lo suficiente, Sandoval y la prisionera salieron de su escondite; un agujero en la roca, como un enorme ojo en la frente de algún feroz gigante mitológico.

—Les hemos burlado —dijo satisfecho el guerrillero—. Ahora, en marcha. No tenemos tiempo que perder.

El camino hasta las propiedades de Reinaldo Cortés era largo para cualquiera que no conociera la selva como la conocía Sandoval, pero éste sabía de atajos para llegar mucho antes que nadie y por otro lado, había decidido caminar hasta el límite de sus fuerzas porque no estaba dispuesto a que Wilson se diese cuenta del engaño y se volviera atrás.

Entonces, todo estaría perdido…

* * *

—¡No puedo más, Sandoval! —exclamó la prisionera—, ¡Descansemos un rato, se lo ruego!

El guerrillero miró a Cristina. En efecto, daba la impresión de estar exhausta. Y por otro lado, pronto se haría de noche. Ello también obligaría a descansar a Wilson lo cual se daba un cierto respiro.

—De acuerdo. Descasaremos una hora.

—¿Sólo una hora? ¿Es que no vamos a dormir? ¡Pronto será de noche!

—Dormiremos cuando sea noche cerrada. No antes.

—¡Está bien! ¡Usted manda! —gruñó malhumorada Cristina.

Se tumbó en el suelo y Sandoval lo hizo frente a ella. La vio cómo cerraba los ojos. El guerrillero encendió un cigarrillo. Él no podía permitirse el lujo de dormir. Cristina podía sentir la tentación de escapar aunque de todos modos no llegaría demasiado lejos.

La observó detenidamente.

Tenía unas piernas maravillosas. Sin embargo, lo que más le había impresionado eran sus pechos. Ni demasiado grandes ni pequeños. Redondos duros… y aquellos muslos, parecidos a columnas de terciopelo…

Sandoval sintió un nudo en la boca del estómago. Ahora estaba a solas con ella y sabía muy bien que si se lo proponía, Cristina no le pondría ninguna dificultad para que le hiciera el amor. Y estaba seguro de que hacerle el amor a una mujer como aquélla, era algo con lo que un hombre como él podía soñar pocas veces.

Aplastó el cigarrillo contra el suelo y se puso de pie. No quería seguir pensando en aquellas cosas. Necesitaba tener la mente clara para poder

seguir adelante y conseguir sus propósitos.

—Es usted un hombre realmente extraño, Sandoval —oyó que le decía ella.

Sandoval se volvió.

La mujer sonreía un tanto burlonamente mientras su mano se movía despacio arriba y abajo de uno de los muslos.

—¿Por qué dice eso?

—Lo está deseando y sin embargo no lo intenta.

—No la comprendo.

—No se haga el tonto. Sé que me desea, que le gustaría hacerme el amor. ¿No es cierto?

—Es posible.

Ella se echó a reír.

—¡Sea franco y confiese que lo está deseando, Sandoval!

—¿Y qué si fuera así?

—¿Usted qué cree? ¿Que yo me dejaría?

—Creo que sí.

—Entonces, ¿por qué no se acerca y lo intenta?

—Porque éste no es el momento.

—Cualquier momento es bueno para gozar, Sandoval.

—Vamos…

—¿Qué?

—¡Que nos marchamos!

—¡Es usted un perfecto estúpido!

—Si las circunstancias fueran otras, le aseguro que no tendría que decirme eso. ¡En marcha!

Cristina se puso de pie. Sandoval había herido su amor propio. Era el primer hombre que la rechazaba.

Siguieron caminando en el más completo silencio y poco después la noche caía sobre ellos. Sandoval cogió a la prisionera por la mano y la condujo a través de un espeso bosque. Las ramas herían su rostro pero ella no se quejó ni una sola vez.

Finalmente, Sandoval la ordenó que se sentara y le dio de comer de lo que había sacado de una bolsa que llevaba consigo.

—Ahora podrá dormir cuanto quiera —le dijo el guerrillero—. Mañana partiremos al alba.

—Sandoval…

—¿Qué quiere?

—¿Va usted a matar a mi marido?

—Si él no me obliga, no. Sólo lo necesito como trofeo, como una advertencia a los demás como él. Que sepan todos que Sandoval luchará contra ellos hasta la última gota de su sangre.

—Entonces, ¿no es dinero lo que busca?

—Lo único que busco, es librar a mi país de hombres como su marido, señora.

—Es usted un soñador. ¿Se ha detenido a pensar que podría conseguir mucho dinero por mí y luego podría marcharse a otro país y vivir tranquilamente?

—Sí, que lo he pensado, pero no lo haré. Antes que nada está mi gente, mi pueblo…

Pero eso usted no lo comprende porque tiene dinero y poder.

—¿Cree que soy feliz, Sandoval?

—¿No lo es?

—No. Me ha casado con un hombre al que no amo, únicamente por su dinero. Y para conseguir eso, tengo que ceder en otras cosas. Soy como una prostituta de lujo. ¿Cree que puedo ser feliz?

—No, supongo que no. Pero nadie la obliga a llevar esa clase de vida.

—Me gusta el dinero y el lujo, Sandoval. La pobreza me deprime, me pone enferma. Tengo que seguir adelante, vendiendo mi cuerpo al mejor postor, porque es mi cuerpo lo que vendo, no mi corazón.

—Lo siento por usted, Cristina. Es más desgraciada que yo.

Sus manos se rozaron en la oscuridad y se entrelazaron con fuerza y de pronto,

Sandoval sintió en sus labios los de ella. Eran unos labios cálidos y experimentados.

El guerrillero atrajo a la mujer y la besó salvajemente y después, abrazados con fuerza, rodaron por el suelo, gimiendo, suspirando de placer…

Capítulo VIII

REINALDO Cortés iba arriba y abajo del inmenso y solitario salón como un león enjaulado.

Desde hacía varias horas no había tenido noticias ni de Wilson ni del comisario Gálvez y aquello le tenía muy preocupado.

¿Qué es lo que estaba ocurriendo? ¿Por qué no se ponían en contacto con él?

Miró hacia afuera, hacia las plantaciones.

Allá todo estaba en calma. Los trabajadores, inclinados sus doloridos cuerpos, se afanaban en la recolección. Dos vigilantes iban a caballo, inspeccionándolo todo.

Cortés se retiró de la ventana y se sirvió una copa de jerez.

Las manos le temblaban.

Pensó en Cristina. ¿Estaría aún con vida? Sí, seguro de que así era. Sandoval la necesitaba para hacer el canje. ¡El canje! ¡Dios! ¡Si caía en manos de Sandoval estaba perdido! ¡Antes preferiría que la matasen a ella!

Consultó su reloj.

Eran las nueve y media de la mañana.

¿Por qué no recibía noticias?

* * *

Sandoval y su prisionera estaban a muy pocos metros de aquella plantación de café, ocultos detrás de unos matorrales. La enorme mansión se veía al fondo, blanca y lujosa. —Vamos a dar un rodeo —le dijo a Cristina—. Tenemos que esquivar a los vigilantes. —Sandoval…

—Dime.

—¡Llévame contigo!

—Eso es imposible. Es a tu marido a quien quiero.

—¿Y qué va a ser de mí?

—No lo sé. Cristina. Supongo que encontrarás a otro hombre rico…

—Tú también puedes serlo. Piénsalo bien. Reinaldo te dará por mí todo el dinero que le pidas y luego, nos marchamos juntos.

—Ese no es mi estilo. Cristina. Te lo dije ayer y te lo repito ahora. A

mí lo único que me importa es el bien de mi país. Nada más. El dinero no me importa.

—¿Y yo?

—Tú… No eres la clase de mujer para un hombre como yo, Cristina. Tú perteneces a otro mundo… y yo no podría ofrecerte jamás todo aquello a lo que está.; acostumbrada.

—¡Contigo sería feliz, Carlos! Anoche lo comprendí…

—Es imposible. Ni tú podrías soportar la clase de vida que me veo obligado a llevar, ni yo puedo darte riquezas y lujos. Y ahora, será mejor que sigamos adelante.

Avanzaron agazapados por detrás de los matorrales y pasaron muy cerca de los dos vigilantes que se encontraban en aquella zona.

Sandoval tuvo que taparle la boca a Cristina para evitar que sintiera la tentación de dar un grito.

Por fin alcanzaron la parte trasera de la lujosa mansión.

Sandoval se llevó entonces una desagradable sorpresa.

Había allí un vigilante con el que no había contado. Estaba apoyado de espaldas contra la pared, fumando tranquilamente.

Tenía que librarse de él porque de otro modo, no podrían entrar en la casa sin ser vistos.

Echó mano de su pistola y arrastrando a Cristina, se dirigió hacia el vigilante. El hombre debió de tener una especie de presentimiento porque de pronto, volvió la cabeza. Sin embargo, cuando fue a hacer uso de su metralleta, ya fue demasiado tarde. Sandoval ya se había arrojado sobre él y le golpeó con fuerza la sien con la culata de la pistola.

Luego, Sandoval empujó la puerta y entró en la mansión con su rehén.

* * *

Reinaldo Cortés acababa de recibir una llamada radiotelefónica del comisario Gálvez que aún le puso más nervioso.

No sólo le había dicho que Wilson estaba actuando por su cuenta, sino que habían perdido toda pista del guerrillero pero que no obstante seguían buscando y que muy pronto tendrían noticias suyas.

El cacique, después de que se cortara la comunicación, se quedó pensativo. El plazo que le había dado Sandoval, estaba a punto de cumplirse. Y al parecer, ni Wilson ni el comisario Gálvez habían podido dar aún con él.

Así pues, sus esperanzas de salir airoso de aquella situación, eran cada vez menores.

¡La idea de caer prisionero en manos de Sandoval, le tenía

aterrorizado!

Se sentó, temblando, tras su mesa de despacho y en ese momento, se abrió la puerta del mismo y aparecieron Sandoval y Cristina.

Reinaldo Cortés se puso pálido como un muerto.

Sandoval avanzó lentamente hacia el cacique apuntándole con su pistola.

—¡Levántese! —le gritó.

—¿Qué… qué va a hacer conmigo? —tartamudeó Cortés.

—Le voy a llevar lejos de aquí. Luego, es posible que le mate o que no lo haga. Todo dependerá de las circunstancias. Lo único que pretendo por el momento, es darles una lección a los individuos que como usted, están destrozando a mi país. Quiero que se den cuenta de que no voy a detenerme ante nada, señor Cortés. ¡Absolutamente ante nada!

—No podrá sacarme de aquí, Sandoval. Los vigilantes lo descubrirán. Hagamos un trato.

—¿Qué trato?

—Le doy todo el dinero que me pida… a cambio de mi libertad y la de mi esposa.

—Ella está libre. No tiene nada que ver en todo esto. Pero no quiero nada de usted. ¡Nada! ¡Lo único que quiero, es tenerle en mi poder y hacerles ver a los demás, lo que les espera… ¡Y ahora, en marcha!

Sandoval encañonó a Cortés y ambos hombres pasa ron cerca de Cristina.

Ella y el guerrillero intercambiaron una mirada, una mirada que contenía todo lo sucedido la noche anterior en la soledad de aquel bosque, en plena selva…

Sin embargo, Sandoval calculó mal las fuerzas que habían en la plantación y cuando salieron de la casa, el guerrillero descubrió que había patrullando media docena de hombres a caballo.

—Nunca saldrá vivo de aquí, Sandoval… —le dijo el cacique—. Acepte mi trato y yo mismo permitiré que escape.

—¡Cierre el pico y siga adelante!

Uno de los vigilantes les vio y dio un grito que puso en alerta a los demás.

Media docena de metralletas se volvieron amenazadoramente hacia Sandoval y su rehén.

—¡No disparen si no quieren que muera su amo! —gritó el guerrillero.

Eran unos momentos de gran tensión. Sandoval no ignoraba que cualquier fallo podía ser fatal para él. Aquellos hombres le matarían sin compasión.

—¡Atrás todo el mundo! —volvió a gritar Sandoval.

El cerco que formaban aquellos hombres, se fue cerrando alrededor de ellos dos.

—¡No sigan avanzando o mataré a Cortés!

—No lo harás, Sandoval —dijo uno de aquellos hombres—. Si lo haces, quedarás al descubierto y morirás acribillado…

El guerrillero se pasó la punta de la lengua por los resecos labios. Sabía perfectamente que aquellas palabras eran totalmente ciertas. Pero ya no podía volverse atrás, tenía que seguir adelante pasara lo que pasase.

El cerco alrededor suyo se fue cerrando y cerrando.

—¡Está perdido, Sandoval! —gritó Reinaldo Cortés—. ¡Entréguese!

De repente, ocurrió algo que nadie esperaba.

Se escuchó un murmullo y cuando los vigilantes volvieron la cabeza vieron a los trabajadores que venían hacia ellos, corriendo como locos.

—¡Fuego! ¡Abrid fuego! —gritó uno de los vigilantes.

Y éstos apretaron el gatillo de sus metralletas. Los trabajadores cayeron como moscas, pero los que no habían sido alcanzados, siguieron corriendo porque sabían que aquél era el único medio de salvar a Sandoval, el hombre que podía salvarles de la esclavitud a la que estaban sometidos.

El guerrillero aprovechó la heroica intervención suicida de aquellos bravos recolectores para huir con el cacique en dirección a la selva, aquel infierno verde que él tan bien conocía.

Y mientras lo hacían, llegaban a sus oídos el ruido de los disparos de las metralletas y los gritos de dolor y de muerte de los recolectores, una muerte por la libertad.

Por la libertad de un país oprimido.

Y dos días más tarde, ambos hombres, exhaustos, llegaban a Rosales donde les aguardaba el resto de la guerrilla.

Sandoval les entregó al prisionero para que lo encerraran.

—Él es nuestra mejor garantía, muchachos —les dijo a sus hombres —. Ahora, todos comprenderán que somos algo más que una pandilla de desharrapados y que estamos dispuestos a todo para conseguir nuestra meta. Vigiladlo bien.

—Tenemos una sorpresa para ti, Carlos —le dijo Dolores.

—¿Una sorpresa?

—Ven.

Le llevó a un bosque cercano. Había allí una carreta y sobre la misma algunos cadáveres. Sandoval reconoció inmediatamente a uno de ellos.

Era Wilson.

—Nos estaba pisando los talones —le dijo la muchacha—, Y tuvimos que tenderles una emboscada. Sé que no eran esas tus órdenes, pero no

tuvimos más remedio que hacerlo. El guerrillero sonrió y atrajo a la muchacha contra su cuerpo.

—Hicisteis lo que teníais que hacer, Dolores. Hoy es un gran día para nosotros. Tenemos a Reinaldo Cortés en nuestro poder y Wilson ya no existe. En cuanto a Gálvez… ya le llegará su turno algún día. Lo prometo. Sí, hoy es un gran día para la guerrilla.

Dolores apoyó la cabeza en el pecho de su hombre, de su bravo héroe, y se sintió feliz porque volvía a ser suya.

FIN

¡¡POR FIN EN ESPAÑA!!

Las pistolas que estaba esperando.
- PARA SU SEGURIDAD
- PARA SU PROTECCION
- ...PARA SU TRANQUILIDAD



PISTOLA SUPER JAGUAR

Una verdadera obra de arte para los amantes de las armas modernas. Con empuñadura anatomica, alza regulable y cargador de 26 disparos. Mide 24 cm.

Ref. 2.193

por sólo **1.590,—pts.**

CARGAS DETONANTES

208 cargas 200,- pts.
416 cargas 360,- pts.
832 cargas 680,- pts.

PISTOLA LION MATIC

Reproducción exacta del modelo Luger Aleman. Con cargador de 26 disparos, expulsor automático y tubo silenciador (que se manda Gratis). Mide 19,5 cms.

Ref. 1.026

por sólo **980,—pts.**

★ Esta pistola de juguete está autorizada por la D.G.G.C el 24-1-80.

- LLeva boca de fuego bloqueada por tapón rojo sobresaliendo 3 mm. al exterior.

LOS 3 APARATOS DE GIMNASIA Por solo 1.990,- ptas Ref 2080



MANO DE HIERRO

Nuevo aparato para desarrollar con potencia los músculos de las manos, brazos y antebrazos. Un aparato para que le respeten con solo darle la mano.

Ref. 2.069 (el par).

por sólo **450,—pts.**



CAMPEON DE PULSO

Conviértase en un verdadero campeón de las competiciones de fuerza (pulso). Con este ingenioso aparato podrá entrenarse como con un rival de su talla.

Ref. 2.068

por sólo **990,—pts.**



MUSCULOS DE ACERO

Conviértase en tan sólo 10 minutos, y en muy pocos días, en un gran campeón de cultura física. Con este aparato desarrollará un potente torax y brazos.

Ref. 2.067

por sólo **950,—pts.**

CUPON DE PEDIDO A PRUEBA

SI EN EL PLAZO DE 8 DIAS, NUESTROS ARTICULOS NO LE SATISFACEN PLENAMENTE, LE GARANTIZAMOS LA DEVOLUCION DE SU DINERO

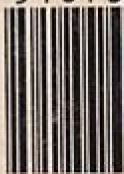
REF	ARTICULO	PRECIO
PAGO REEMBOLSO	GASTOS DE ENVIO	150
	IMPORTE TOTAL	

Nombre ____________ Edad ____
Domicilio ____________
Población ____________ Dto. Postal ____
Provincia ____________

Condiciones para America, pedir informacion.

Escribir a **BAZAR POPULAR**, Apartado 14.020, Barcelona





51873

9 788402 025081

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Precio en España 60 ptas.